BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

METEORITOS INVASORES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





METEORITOS INVASORES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

453 – Los hematófagos, *Kelltom McIntire*.

454 – Los enemigos del sol, *Joseph Berna*.

455 – Caos sin futuro, *Ralph Barby*.

456 – Una guerra en el siglo XXX, *Glenn Parrish*.

457 – ¿Hombres o dioses?, *Clark Carrados*.

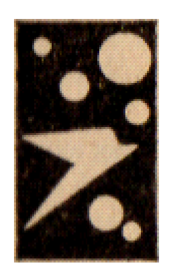
RALPH BARBY

METEORITOS INVASORES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 458

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 9.700 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Avanzó con zancada larga y paso firme por las galerías de la colonia terrícola en la Luna. Observó su reloj, eran las tres mil setecientas cuarenta y tres horas del año que vivían.

La situación era de alerta permanente. Las antenas controlaban todo el universo esperando una posible oleada de naves alienígenas ansiosas de exterminar a la civilización terrícola.

Dentro de los cráteres lanares, guardaban misiles espaciales de disparo automático y también naves de combate que partirían al encuentro del enemigo.

Erik Kensun no se detuvo ante la puerta del área de comandancia y control desde la cual se gobernaban todas las colonias esparcidas estratégicamente por la Luna; la puerta se abrió automáticamente ante él y penetró en la amplia sala repleta de paneles y pantallas de T.T.V., entre las cuales destacaba una de cinco por ocho metros.

El comandante Faber, preocupado y ceñudo, se hallaba ante su mesa de mando. A su alcance había no menos de cien pulsadores y otros tantos pilotos luminosos, un micrófono de órdenes y una taza de té. Mesa y butaca se hallaban fijadas sobre una plataforma circular y giratoria que se movía a voluntad del propio comandante para mejor controlar la amplia sala donde trabajaban más de cincuenta técnicos en detección electrónica, ingeniería,, astronomía y misiles automáticos. Un rumor constante llenaba la sala, los relés saltaban y encendían luces o las apagaban.

— Comandante Faber...

— ¡Ah!, hola, capitán Kensun, no hay que preocuparse.

— ¿Seguro, comandante? — insistió Erik Kensun no demasiado

convencido.

— Sí, hemos detectado, analizado y controlado lo que se nos viene encima.

-¿Y?

— Meteoritos.

— Es extraño, ¿no le parece?

— ¿Extraño? En absoluto, capitán. —Suspiró, como relajándose—. La Luna, como todos los astros del universo, se ve constantemente bombardeada por meteoritos errantes o agrupados, como esa ola que se nos viene encima.

— ¿Seguro que viene hacia nosotros, comandante?

— Seguro y ya está calculada su velocidad y trayectoria. Tendremos que dar la alarma contra meteoritos. Habrá que protegerse, el grupo de meteoritos no es inferior a* casi dos millones de piedras cósmicas sin contar el polvo o arena espacial que puedan arrastrar consigo. Seguramente forman parte de algún asteroide que ha estallado, no sabemos por qué causa.

— ¿Cree que los witia pueden habernos enviado esos meteoritos como una operación de bombardeo sobre la colonia?

— No, no creo, los witia son más inteligentes que todo eso; sería una fórmula bélico-espacial muy ingenua. Esos meteoritos que se acercan pueden dañar muchas de nuestras instalaciones, pero no será ningún desastre irreparable; por supuesto, todos los que formamos parte de la colonia tendremos que refugiarnos en los túneles más hondos.

— ¿No se sabe dónde caerán los meteoritos?

— Según parece, en el hemisferio oculto de la Luna. Daremos informe al gobierno de la Confederación para que tenga noticia de lo que va a suceder aquí.

— ¿Dentro de cuánto tiempo?

— Tres horas, es lo que falta para el impacto.

— ¿Volumen, densidad y peso de los meteoritos?

— Grande, capitán Kensun. Bueno, es variable, pero la mayoría están entre las diez y las treinta toneladas de peso aproximado. Mire.

Pulsó dos teclas y se iluminó la pantalla gigante en la que aparecieron los meteoritos, grandes rocas que viajaban agrupadas a través del espacio y que, según las previsiones efectuadas, terminarían incrustándose en la Luna.

Aquél era un hecho que se habla repetido a lo largo de los milenios en el satélite natural de la Tierra, sólo que antes no existían colonias terrícolas que pudieran sufrir el terrorífico impacto de los meteoritos sobre instalaciones y personas.

En la pantalla gigante de televisión a color y en tres dimensiones, podían verse claramente las rocas que semejaban quietas en el cosmos; sin embargo, viajaban a una velocidad espeluznante hacia su destino que era la Luna. Impactarían contra la superficie del satélite y provocarían más cráteres.

— Podemos intentar algo, comandante Faber.

— Se tomarán las medidas usuales de seguridad; no obstante, las corazas no podrán detener esas rocas, son demasiado grandes, demasiado pesadas. Perforarán cualquier coraza que se oponga a su paso. Según los cálculos, casi toda la nube de meteoritos...

— Yo preferiría llamarla tormenta de meteoritos, son muy grandes — objetó Kensun.

— No discutiremos por el término, capitán Kensun. Como decía, según los datos computados, esas rocas caerán en el hemisferio oculto de la Luna y nuestra colonia principal, ésta en la que nos hallamos, queda lejos del alcance de esos meteoritos que por trayectoria calculada no nos pueden dar. Como es lógico, se tomarán todas las precauciones como estipulan las ordenanzas. El meteorito más cercano caerá como a mil millas de donde estamos.

— Pero, hay por lo menos cinco subcolonias en esa área — le recordó el capitán Erik Kensun dejando de mirar las rocas que aparecían en pantalla para observar al comandante.

— Todas recibirán la orden de protegerse y no les sucederá nada. Si alguna subcolonia queda destruida, sus servidores regresarán a la colonia Cero. Si algún vehículo resulta averiado, se les pasará a recoger cuando termine la tormenta de meteoritos. Si hay que volver a levantar subcolonias, se hará y de momento se enviarán módulos de

emergencia para sustituirlas. No creo que nos afecte en exceso y si se toman todas las precauciones no perderemos ni una sola vida, sólo material, y el material siempre se puede reponer.

— Comandante, mi sugerencia es que enviemos dos misiles MHP.

— ¿Qué dice, dos misiles MHP? ¡Son los artefactos explosivos más poderosos de que dispone nuestra fuerza espacial!

— Lo sé y si se lanzan esos misiles al interior de la formación de meteoritos y estallan, las rocas no sólo se atomizarán sino que se esparcirán en todas direcciones y no habrá impacto contra la Luna.

— Estoy seguro de que sucedería tal como usted dice, capitán Kensun; no en vano es el comandante de la flotilla espacial que poseemos en la Luna, pero lo que propone es absurdo.

— ¿Puedo preguntar por qué, mi comandante?

— Sólo poseemos dos misiles MHP y usted pretende que los explosionemos contra unas rocas que rio nos causarán todo el daño que habíamos temido en un principio. Por otra parte, aunque esos meteoritos destruyeran todas las subcolonias del hemisferio oculto, sería más barato que la construcción y el traslado hasta aquí de dos nuevos misiles MHP. Ya lo ve, hasta económicamente es mejor aguantar la tormenta.

— Cuando una tormenta se acerca, nunca se sabe los destrozos que va a causar.

— Habla usted como un primitivo terrícola de los siglos diecinueve o veinte, capitán.

— Sólo quiero hacerle observar que si disparamos los misiles MHP y conjuramos la tormenta de esos meteoritos gigantes sobre la Luna, tendremos un riesgo conocido, es decir, el valor de los misiles MHP; si no hacemos nada y nos limitamos a esperar, el riesgo siempre será desconocido. Y entre un riesgo conocido y otro desconocido, siempre es preferible el primero.

— ¿Y si después de atomizar todas esas rocas meteoro sobreviene una oleada de naves witia pretendiendo invadimos, con qué las atacaremos, con qué destrozaremos sus formaciones? Ya no quedarán más bombas MHP.

— Debería solicitar el envío de más misiles MHP. Pueden ser muy

útiles para librarnos de oleadas de meteoritos del tipo de los que se nos vienen encima.

— Ya los he reclamado, capitán Kensun, pero no es fácil. Construir esos poderosos misiles es muy costoso y luego, el traslado y ubicación aquí en la Luna, también es trabajoso. No es fácil obtener esos superartefactos destructores. Quemarlos para desintegrar dos millones de meteoritos es un lujo que todavía no está a nuestro alcance.

Erik Kensun, bastante más joven que el pragmático comandante Faber, observó de nuevo las rocas como si recelase de ellas.

— Si les lanzamos otros modelos de misiles no conseguiremos más que desmenuzar unas cuantas rocas y desperdigar otras cambiando su rumbo, poca cosa.

— Exactamente, poca cosa, hay que resignarse. Le he llamado para que tenga lista su flotilla espacial. Sobrevolará el área batida por los meteoros, aguardara a que caiga el último de ellos y luego tomarán filmación de toda el área afectada. Regresarán aquí y de inmediato estudiaremos los efectos del bombardeo. Naturalmente, a partir del instante en que caiga el último meteorito, iniciaremos la operación de rescate del personal de las subcolonias que tengan problemas.

— Entonces, ¿no quiere conjurar ese chubasco de meteoritos con los misiles MHP?

— ¿Es que no me he expresado suficientemente claro?— bufó, conteniendo su nerviosismo—. Ya le he dicho que no resulta práctico ni oportuno; hay que reservar los misiles MHP para cuando la ocasión lo merezca.

Erik Kensun comprendió que no lograría hacer cambiar de opinión al comandante Faber, máximo responsable no sólo de la colonia Cero, sino de todas las subcolonias existentes en la Luna, mientras que él sólo era comandante de la flotilla de combate espacial.

Era consciente de que el alto mando de las fuerzas espaciales daba más importancia y primacía a los misiles automáticos que se programaban en fracciones de segundo desde los centros de control, que a la flotilla de combate. Una vez avistadas las naves enemigas, bastaba con calcular sus coordenadas espaciales, su dirección y velocidad (lo cual se realizaba en menos de un segundo) y disparar el misil, y podía darse por cierto que la nave enemiga quedaría destruida. Y para cada tipo de nave había el misil adecuado, listo para ser disparado.

Los dos MHP podían servir para destruir naves gigantes o simplemente para aniquilar formaciones enteras de naves.

A las naves espaciales de combate se les daba una importancia menor y solían utilizarse para vigilancia en vuelo y para dar escolta a naves cargueras o de pasajeros.

Quizá la culpa de ese cambio de táctica la tuvieran las derrotas sufridas en torno al satélite, de Saturno, Titán, y la debacle de la batalla de Marte; en ambas ocasiones, los witia habían vencido a los terrícolas, aniquilándolos. Sin embargo, no pudieron seguir avanzando hacia el planeta Tierra porque el alto mando de la Confederación Terrícola lanzó una oleada de misiles destructores que pusieron al rojo-blanco toda la superficie de Marte, arrasando los astropuertos que allí habían instalado los witias.

Esta lluvia de misiles había hecho retroceder a los witia, que se alejaron en el espacio y no se había vuelto a saber de ellos. Mas los terrícolas, tras las severas derrotas que les obligaran abandonar Titán y Marte, se mantenían siempre vigilantes ante un nuevo ataque de los witia, unos seres venidos de nadie sabía dónde y con poderosísimas naves interplanetarias. Por desconocer, se desconocía incluso cuál era su forma biofísica.

Desde su plataforma giratoria, el comandante Faber pulsó la alerta naranja que correspondía a la advertencia de caída de meteoritos.

En todos los monitores de la colonia Cero y las subcolonias se encendieron las luces naranja y aparecieron unos guarismos a modo de reloj digital que iban descendiendo: Era el tiempo que faltaba para el impacto de los meteoritos detectados sobre la superficie de la Luna.

Dos cuarenta y siete cincuenta y nueve, dos cuarenta y siete cincuenta y ocho, dos cuarenta y siete cincuenta y siete... Era mucho tiempo aún. Todos los habitantes de las colonias terrícolas en la Luna lo primero que hicieron fue mirar sus relojes digitales para saber de cuánto tiempo disponían.

En completo orden, comenzaron a cerrarse compuertas, a retirarse efectos personales, a cortar circuitos, a cubrir los techos de las colonias con corazas, a introducir las naves y toda clase de vehículos en los hangares profundos... Todo estaba programado y todo se efectuaba ordenadamente.

Las luces naranja seguían centelleando mientras se enviaba al planeta Tierra toda la información acerca de lo que estaba

ocurriendo.

Erik Kensun salió de la sala de control y comandancia. Se detuvo en el corredor y levantó su muñeca izquierda donde tenía el reloj computadora y microemisor-receptor conectado por F.M. a la antena principal. Oprimiendo uno de los diez resortes que tenía el artilugio polivalente, habló:

— Atención, atención, cosmonautas flotilla espacial, atención, os habla el capitán Kensun, os habla el capitán Kensun. Todos a vuestras naves y esperad órdenes. Preparadlas para salir con material de observación y control. Orden terminada.

Siguió caminando. Estaba seguro de que sus cosmonautas, tres hombres y tres mujeres, lo estarían poniendo todo en orden, máxime después de darse la alerta naranja.

Se fue al hangar de emergencias. Allí estaban las naves de la flotilla espacial, es decir, tres de las siete naves. Las otras cuatro estaban repartidas en subcolonias por pares y uno de los pares, en la subcolonia Catorce, ubicada en el hemisferio oculto de la Luna.

Erik Kensun, pensativo, subió a un monocarril y por los túneles del subsuelo de la colonia, excavados a gran profundidad, se dirigió al hangar donde aguardaban las naves espaciales.

El sólo tenía que velar por las naves y sus cosmonautas de combate; otros servidores de la colonia ya se encargarían de tomar todas las precauciones para que ningún meteorito causara una tragedia masiva.

El principio básico de funcionamiento de la colonia lunar era como vivir dentro de un submarino, quizá más delicado. Se hallaba aislada del exterior y su atmósfera interna, artificial, no podía perderse.

Los dos cosmonautas le aguardaban.

Nower era un muchacho joven, pero muy hábil en el manejo de una nave de combate y junto a él estaba la teniente Jessica.

Erik Kensun no conocía bien a Jessica, en realidad ésta era nueva en la flotilla, solo hacia treinta horas que había llegado desde la Tierra. Kensun la conocía simplemente por su ficha técnica y por una breve charla que ambos sostuvieron nada más llegar la joven y bella cosmonauta.

Erik Kensun no tenía nada en contra de las mujeres cosmonautas,

pero hubiera preferido que para su flotilla, que se hallaba en primera línea de una posible ofensiva extraterrestre, le enviaran a cosmonautas veteranos y experimentados que hubieran participado ya en algún combate; mas, la jefatura de personal no le consultaba en absoluto V cuando había cambios tenía que aceptarlos, la disciplina era básica en las fuerzas espaciales de combate.

— Las cosmonaves están listas, capitán Kensun — le dijo Jessica, vestida ya con el equipo de navegación, aunque tenía el casco en la mano.

— Todavía no nos vamos — le objetó Kensun.

— ¿Está preocupado por esos meteoritos, mi capitán? — preguntó el joven Nower.

— Sí.

— ¿Caerán en este área de la colonia Cero?

— No, Nower; según está calculado, caerán en el hemisferio oculto, pero son bastantes y de tamaño considerable, entre diez y treinta toneladas.

— Menudo bombardeo de pedruscos — rezongó Nower.

— ¿Cuándo saldremos de reconocimiento, capitán Kensun?

— Justo cuando se enciendan las luces verdes. Hemos de hacer un reconocimiento y filmar toda el área batida. Nos será fácil utilizando los infrarrojos; el impacto de cada meteorito generará calor, aunque lleguen aquí fríos por no haber atmósfera contra la cual rozar.

— ¿Cree que las subcolonias del hemisferio oculto corren peligro? — preguntó la teniente Jessica.

— Las instalaciones, es posible, el personal no. Hay refugios de seguridad para estas emergencias, siempre que los meteoritos no superen las mil toneladas. Los que nos van a caer encima no son suficientes para destrozar los refugios antimeteoritos, pero sí pueden arrasar instalaciones y también obligarnos a poner en marcha una operación de rescate, aunque ése no es trabajo que nos ataña; hay una sección de rescate bien equipada.

— Capitán, algo le disgusta en todo esto, ¿verdad?

— Nower, tú sabes bien que soy un tipo racional mil por mil, pero ahora, no sé por qué, tengo un presentimiento.

— ¿Una corazonada, capitán? — preguntó Jessica.

— Sí, será eso. He observado los meteoritos que estaban en la pantalla de T.T.V, y es un verdadero chubasco de rocas. No sé por qué, pero no me gustan y he propuesto al comandante Faber que los destruya con misiles MHP.

— Y se ha negado, seguro — observó más que preguntó Nower.

— Así es, dice que no es práctico, que hemos de conservar los misiles MHP por si sufrimos algún intento de invasión witia. Si consumimos esos dos misiles que tenemos, de gran poder desintegrador, tardaríamos algún tiempo en tener otros dos listos para ser disparados. También me ha observado que resultaría antieconómico, que es mejor dejar que los meteoritos caigan sobre la Luna.

Jessica opinó:

— Posiblemente el comandante esté en lo cierto.

Erik Kensun se la quedó mirando unos instantes,

pudo ver muy bien el limpio color verde de las pupilas femeninas. Quiso replicar algo, pero se limitó a sonreír, encogiéndose de hombros.

—ˆQuizá sí esté en lo cierto; para eso es el comandante en jefe; claro que él no es un cosmonauta de combate, no es un hombre que se haya preparado para rechazar una ofensiva invasora. Es un técnico pero no un miliciano.

— Habla como si fuéramos a sufrir una invasión y no nos pusiéramos en guardia — musitó Nower.

Pasaron los minutos. Los números fueron haciéndose más pequeños en los relojes que advertían del tiempo que faltaba para el impacto; y a medida que se acercaba el momento de recibir el chubasco de meteoritos, aumentaba la tensión entre el personal, pese a que se habían tomado todas las medidas de seguridad.

— Bien, creo que es momento de subir a las naves. Estamos a punto de recibir el impacto; cuando nos den luz verde, saldremos —

dijo Erik Kensun a Nower y a Jessica.

Cuantos se hallaban en la colonia Cero no se apercibieron siquiera de la caída de los meteoritos; no sufrieron ni una sola vibración, pero los sismógrafos sí captaron todas las vibraciones de los impactos que por estar casi unidas unas a otras, semejó un seísmo de considerable importancia.

«Atención, atención, el comandante Faber habla a todas las colonias... El chubasco de meteoritos ha terminado. Ninguna de las subcolonias y tampoco la colonia Cero ha sufrido daño; todo está en orden y el peligro ha pasado. Alerta naranja concluida, ha habido suerte.»

Se encendió la luz verde. Por el intercomunicador de nave a nave, Erik Kensun pudo escuchar a Jessica qué le decía:

— ¿Lo ve? El comandante Faber tenía sus buenas razones, no ha ocurrido nada y seguimos teniendo a punto los misiles MHP.

— Nadie ha pedido su opinión, teniente Jessica. Luz verde encendida, pilotemos nuestras naves hacia el hangar de despresurización. Saldremos inmediatamente en vuelo de reconocimiento y...

Erik Kensun siguió dando las órdenes oportunas. La teniente Jessica torció el gesto diciéndose que el orgulloso capitán Kensun no sabía aceptar bien las decisiones de sus superiores que, por otra parte, se había demostrado que eran más acertadas que las propuestas por él.

Apenas unos minutos más tarde, las tres naves de combate despegaban a gran velocidad abandonando la cobertura de la colonia Cero.

En otras subcolonias del satélite, cuatro naves más despegaban también en dirección al área batida por los meteoritos para participar en la misma operación, mientras en la colonia Cero y en todas las subcolonias reinaba el júbilo por haberse librado de una catástrofe. Solo Erik Kensun seguía ceñudo y no sabía precisar por qué.

CAPITULO II

La operación de observación del área resultó un paseo por el hemisferio oculto de la Luna.

Apenas se prestó atención al trabajo de los cosmonautas comandados por el capitán Kensun; lo importante era que las subcolonias respondían bien a las señales y ni siquiera se habían producido daños en las instalaciones.

Los sismógrafos habían detectado perfectamente el bombardeo de meteoritos, mas no podía decirse que hubieran causado un daño sensible a la corteza del satélite natural del planeta Tierra.

En el centro de comandancia y control comenzaron a revisarse las películas tomadas por la flotilla espacial gracias al sistema de infrarrojos. Como era previsible, los impactos habían desarrollado energía térmica, por lo que los meteoritos eran fácilmente detectables en pantalla.

— ¡Es increíble! —comentó el comandante Faber.

El grupo de técnicos que le rodeaban observó también

la pantalla y Erik Kensun preguntó:

— ¿ Se refiere a que los meteoritos están desperdigados en un área muy amplia?

— Así es, parece como si hubiera más de los que habíamos calculado.

— La computadora puede contarlos — dijo uno de los técnicos del grupo.

— Sí, servirá para el informe que he de enviar a la superioridad, aunque creo que no tendrá la menor importancia.'

— ¿Enviaremos una expedición para extraer muestras de los meteoritos? — preguntó otro de los técnicos.

— Sí, aunque tenemos su espectro molecular gracias al espectrógrafo cósmico, habrá que tomar muestras y analizarlas. Quién sabe, a lo mejor encontramos algún elemento, metálico o no, que nos pueda servir. Con las toneladas de meteoros que han caído hasta sería rentable explotarlos si los elementos que contienen nos fueran

necesarios.

Se formó el grupo de expedición. Por su parte, Erik Kensun había terminado su labor en aquel asunto y todo volvería a la monotonía hasta que se avistara alguna nave witia, ya fuera de observación o de invasión.

Muchos eran los que creían que los witia, después de recibir el latigazo de los misiles desintegradores que los habían expulsado de Marte y de Titán no volverían a aparecer.

Las victorias iniciales sobre las naves terrícolas habían quedado eclipsadas por la contundente réplica de los terrícolas, que habían colocado, las naves espaciales en retaguardia y habían enviado por delante los misiles de gran poder térmico expansivo y desintegrador. De esta forma, no se perdía ningún elemento humano.

Hasta aquel momento se había demostrado que los grandes misiles destructores resultaban sumamente efectivos en una guerra espacial y en un momento dado podían establecer una barrera destructora que, hasta aquel momento, se consideraba infranqueable.

Aquél era el motivo por el que se había rebajado sensiblemente la producción de naves de combate.

Cuando la noche cubría el hemisferio oculto de la Luna y sin que nadie se apercibiera de ello, sin que ni siquiera pudieran llegar a imaginarlo, aquellos meteoritos incrustados en la superficie del satélite natural formando pequeños cráteres, semejaron cobrar vida.

Las rocas llegadas del espacio como una nube errante comenzaron a agrietarse como enormes huevos, a partirse como no se habían partido en el choque que había sido singularmente violento, hasta el punto de que muchas de las rocas se habían hundido.

Primero fueron unas grietas largas y profundas; luego, las rocas supuestamente meteoríticas se fueron desmenuzando y, de súbito, de su interior brotaron seres de aspecto gigantesco, ya que estaban por encima de los dos metros y medio a tres.

Cualquiera hubiese opinado que eran robotoides a juzgar por su aspecto metálico, aunque también se podía pensar que eran trajes de supervivencia espacial dentro de los cuales se ocultaban los invasores.

Lo que correspondía a la cabeza era un yelmo brillante y de un color morado claro y el rostro estaba protegido por una especie de

cristal tan oscuro que parecía negro y que ocultaba lo que podía haber detrás.

Sus brazos eran largos y las manos, muy grandes. Portaban armas de tipo fusil de rayos desintegradores y todo su aspecto, además de siniestro, transpiraba poder.

Al unísono, fueron saliendo de los pequeños cráteres. Cada una de las rocas era uno de aquellos seres llegados a la Luna en forma casi furtiva, consiguiendo su objetivo de no ser descubiertos.

Los dos millares de seres, tras conseguir su primer objetivo, que era llegar a la Luna, se arracimaron para dirigirse a su segundo objetivo, constituido por las subcolonias terrícolas, sin que el personal dé las mismas pudiera sospechar lo que se les venía encima.

Los invasores semejaban conocer muy bien la ubicación de las subcolonias. Se dividieron en varios grupos y tras colocarse en posición' horizontal, se elevaron ligeramente sobre el suelo y se desplazaron hacia adelante como si fueran vehículos cada uno de ellos.

De los tacones de sus botas brotaba le energía de propulsión que no era visible.

Se desplazaron casi pegados al suelo para evitar ser detectados, y lo consiguieron.

Antes de que hubieran transcurrido sesenta minutos después de su agrupación, rodearon por completo las cinco subcolonias del hemisferio oculto, pero no actuaron hasta que debieron coincidir en una hora determinada, una hora calculada de antemano para atacar a sus objetivos al mismo tiempo.

Los fusiles desintegradores abrieron fuego desde todos los puntos, pues rodeaban las colonias por completo.

Lo primero en ser destruido fueron las antenas de telecomunicación, y en apenas linos segundos las subcolonias quedaron aisladas y sometidas a su propia suerte, sin que en la colonia Cero se enterasen de lo que estaba ocurriendo.

Los invasores volvieron a disparar, ahora contra las gigantescas burbujas de acero vítreo, desprovistas ya de las corazas protectoras, pues no se esperaban más caídas de meteoritos.

Las burbujas de cristal se fundieron y estallaron.

Por el espacio salieron volando enseres y hasta algunos servidores de las subcolonias que al ser cogidos desprevenidos fueron absorbidos por la violentísima descompresión.

Los invasores se acercaron más a los cráteres dentro de los cuales se habían construido las subcolonias y dispararon sus armas hacia el interior, unificando el fuego de tal forma que el interior de las bases se convirtió en hornos candentes al rojo blanquísimo.

Quizá, en el fondo de la colonia, debió llegarse a un millón de grados y nada vivo pudo quedar allí. Hasta las galerías más profundas quedaron convertidas en un infierno.

Los metales de los que estaban compuestas las puertas y el resto de instalaciones y paneles se convirtieron en pequeños ríos de metal que se vaporizaba. Cuando aquellos cráteres se enfriaban no se encontraría nada que recordase que allí hubieran existido asentamientos de vida supertecnificada. Plástico, metales, vidrios, todo había quedado fundido, convertido de nuevo en piedras, goterones o vetas de metal licuado primero y solidificado después.

De los seres terrícolas que allí estaban en el momento de los ataques sorpresa de los invasores no quedaba el más mínimo rastro, nada, absolutamente nada.

Los guerreros que se ocultaban dentro de aquellos trajes que les daban un aspecto de robot fuerte y temible, habían cumplido su segundo objetivo.

El pequeño ejército de invasión tenía su misión muy bien estudiada y calculada, porque tras eliminar las sub-colonias, mil de ellos iniciaron la marcha hacia la colonia Cero. Los otros mil se dividieron en secciones de combate para ir en busca de las otras subcolonias.

Desde algún lugar del universo, muy lejano del planeta Tierra, habían estado observando la Luna, primer paso para la invasión a la Tierra. Habían estudiado el satélite cuidadosa y pacientemente para no sufrir ningún error que pudiera desbaratar sus planes, no en vano su elemento clave para la invasión era la sorpresa. Y punto por punto, sus objetivos se iban cumpliendo.

Habían caído sobre la Luna como una plaga maligna que había llegado sin ser descubierta. Cuando el ser terrícola que se había creído invencible se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, ya sería tarde,

sangrientamente tarde.

— ¡Comandante Faber, comandante Faber!

El comandante Faber gruñó desde su cama mirando al videófono que tenía en la mesita de noche en el que podía verse al oficial de guardia que parecía nervioso.

— ¿Qué pasa? — gruñó, tras pulsar un botón que dejaba paso a su voz, pero no a su imagen, ya que había sido cortado su sueño por aquella llamada de emergencia.

— ¡Las cinco subcolonias del hemisferio sur no responden!

— ¿Que no responden? ¿Ha habido alguna avería en telecomunicaciones?

— No, no, comandante Faber. Hemos establecido conexión con otras subcolonias y no ha habido problemas.

Exhaló un suspiro y se sentó en el borde de la cama.

— ¿Cuáles son las subcolonias que no contestan?

— Las cinco que se hallan en el hemisferio oculto.

— ¡Qué extraño...! Después de la caída de los meteoritos hemos establecido contacto con todas ellas.

— Hemos insistido, comandante Faber.

— Está bien, está bien, ahora voy.

Cortó la comunicación sin imaginar que estaban siendo invadidos.

CAPITULO III

Laya se hallaba tras la barra del mostrador del club dentro de la colonia Cero. Se acodó frente a Erik Kensun, que se había quedado pensativo frente a su vaso.

— Pareces muy aburrido, Erik.

El comandante de la flotilla sonrió fríamente.

— Sí, es posible.

— ¿Qué te pasa? ¿Habrías estado más divertido si los meteoros que anunciaban las alarmas nos hubieran caído sobre la cabeza?

— Por supuesto que no. Si hubiera sido así, ahora tú y yo no estaríamos hablando con un vaso entre los dos.

Laya atendía muy bien el mostrador del bar, pero si en algo era verdaderamente experta era en conocer a los hombres, 110 en vano les había escuchado mucho.

Para muchos, hallarse en la colonia lunar no era ningún placer; deseaban regresar al planeta Tierra, donde se sentían menos encerrados. Aunque la colonia dispusiera de todos los medios de diversión y gimnasios para practicar deportes, no era lo mismo que estar en el planeta Tierra, donde se podía pasear, ir hacia los bosques, a las montañas o playas, navegar con la brisa contra el rostro. Había costado mucho esfuerzo y trabajo devolver al planeta Tierra su pureza, frenar y limpiar la contaminación del aire, los ríos y los mares. No es que se hubiera convertido en el paraíso soñado, pero sí lo era para todos aquellos que se veían obligados a vivir en colonias alejadas de la Tierra, fuera en otro planeta como cuando habían instalado sus asentamientos en Marte, o en la Luna o los módulos gigantes orbitales.

— La teniente Jessica, la que ha llegado nueva para incorporarse a tu flotilla, es muy atractiva.

— Sí, lo es.

— Lo admites de una forma que cualquiera pensaría que no te interesa lo más mínimo.

— Es una miliciana con el cerebro frío.

— ¿Seguro?

— Seguro, si no lo fuera no sería una cosmonauta miliciana, y no es que me queje, es que debe ser así.

— Y ya d& entrada has establecido un muro entre los dos.

— ¿Qué quieres decir?

— Que no la miras como me miras a mí.

— ¿Y cómo te miro a ti?

— Tú sabrás. — Laya sonrió, mimosa. — No te hagas el tonto, tampoco te reclamo ni me quejo de nada. Tú deseas pasar un rato agradable conmigo y yo contigo y lo hemos pasado bien, pero no soy ninguna estúpida como para pensar que te aparejarías conmigo de forma definitiva.

— ¿Por qué no cambias de sintonía, Laya?

— Estás muy desanimado, Erik.

— Creo que pediré el traslado.

— ¿Quieres largarte de la Luna

— No es preciso que me quede aquí haciendo simples vuelos de reconocimiento para fotografiar meteoros caídos.

— ¿Frustrado?

Erik Kensun buscó en su bolsillo un cigarrillo de mentobacco que no producía dependencia, cáncer ni bronquitis.

— Pues sí — admitió.

— ¿Y adonde piensas pedir el traslado?

— He oído que se preparan unas expediciones exploratorias.

— ¿Expediciones exploratorias de planetas?

— Sí.

— ¿Y los witia?

— No sé cómo está ese asunto, pero creo que la expedición partirá en dirección opuesta en la elipse solar para no tener tropiezos. Seguramente necesitarán personal miliciano para proteger Ia nave exploradora.

— Esa clase de viajes suelen ser muy largos — comentó Laya, aceptando también un cigarrillo de mentobacco.

— Pero, al final está el premio de la exploración de un planeta o un astro desconocido.

— En la mayoría de las ocasiones, los planetas descubiertos se parecen mucho a la Luna; me refiero a que son planetas hostiles que no proporcionan ningún placer.

— Nunca se sabe lo que se puede encontrar.

— No estoy muy segura de que el gobierno de la Confederación Terrícola autorice esa expedición mientras persista la amenaza de los witia.

— Hace más de quince mil horas que no sabemos nada de los witia.

— Sí, pero ya conoces cuál es la postura del gobierno de la Confederación. Quizá se está preparando esa expedición de la que hablas, pero me temo que no tendrá vía libre hasta dentro de un tiempo prudencial que puede ser largo.

— Sí, creo que tienes razón, Laya; lo que sucede es que estoy de mal humor. No sé si pedir excedencia en la milicia espacial y convertirme en cosmonauta privado. Podría tener buenas ofertas, aunque no tantas como cuando se realizaban viajes turísticos a Marte.

— Lo que sucede es que te gustaría que te ofrecieran el mando de una flota espacial miliciana que viajara a Marte y a Titán para tener la certeza de que los witia ya no están en nuestro sistema solar, y si los vieras, atacarlos como ellos hicieron con nuestras colonias, con nuestras naves.

— Es posible.

— Sería un riesgo muy grande, Erik.

— Pero sabríamos de una condenada vez si esos witia están en nuestro sistema solar, agazapados esperando invadirnos. Dejar pasar el tiempo sin hacer nadadme irrita, soy un hombre de acción y tú lo sabes.

— Sí, lo sé muy bien. ¡Ah!, mira, tu teniente Jessica parece que tampoco duerme, ahí la tienes.

La alta y atractiva teniente Jessica hizo ademán de acercarse a ellos, mas al fijarse en la postura de Laya, cambió de opinión y tras sonreír levemente se dirigió a una mesa.

— Disculpa, Laya, voy a pasar revista al personal.

— Sí, con mi permiso, claro. —En voz baja, cuando ya el hombre se alejaba, rezongó —: Ya sabía yo que terminarías fijándote en ella...

— Hola, Jessica. ¿No quieres dormir?

— No tenía prisa por hacerlo — respondió la joven teniente mientras Erik Kensun se sentaba $ su lado frente a una mesita redonda desde la que se podía contemplar una gran pantalla de espectáculos de televisión tridimensional y a color en la que en aquellos momentos se estaba proyectando un film bucólico del planeta Tierra para que no olvidaran como eran unos bosques surcados por un río espumeante y bravo.

— Estaba pensando en los meteoritos, capitán, no me los quito de la cabeza.

— Por favor, Jessica, no sigas tan al pie de la letra las ordenanzas, llámame Erik. Entre todos hacemos que vivir en la colonia resulte una pesadilla.

— Es usted un cosmonauta nato y por las fichas técnicas he visto que los vuelos de la flotilla han sido mínimos.

— Es cierto. El comandante Faber considera que no es necesario que salgamos a estirar las alas de nuestras naves. Para más ironía, las naves cargueras que nos traen los suministros vienen con su propia escolta y regresan con ella, de modo que nosotros estamos aquí de lo más pasivo. Si sacamos las naves de cuando en cuando al exterior es para comprobar que siguen con posibilidades de vuelo. Ya le he dicho al comandante Faber que deberíamos hacer pruebas de tiro y maniobras de combate, pero no quiere enterarse.

— Al ser destinada a esta flotilla creí que tendría más emociones, ya que es .la flotilla más alejada del planeta Tierra.

— Pues ya ves, sólo se confía en los misiles automáticos, especialmente en los MHP.

Cuando Erik Kensun comenzaba a sentirse a gusto junto a la teniente Jessica; cuando empezaba a comunicarse con ella, quizá porque él mismo partía de una depresión psicológica y buscaba compañía, amistad y también a la mujer; cuando veía por primera vez a Jessica no como a una miliciana que era sino como a una espléndida mujer; dentro de !a colonia Cero estalló la alerta roja.

Fue como una eclosión, chicharras y luces rojas comenzaron a llamar a todos a sus puestos con intermitencia.

— ¿Qué sucede? — inquirió Jessica, alarmada.

— No sé, pero hay que correr a las naves, cada uno a su puesto.

Tras los dos o tres primeros segundos de vacilación, cuantos se hallaban en el club se levantaron de sus asientos y corrieron hacia la salida.

Los que estaban en sus respectivas habitaciones, descansando, abandonaron sus camas y los que estaban en sus puestos de trabajo se acercaron a los armarios para coger los equipos de emergencia.

Sin embargo, la alerta roja no provocó el caos; todos los que habitaban en la colonia sabían cuál era su misión, no en vano periódicamente se hacían simulacros de alerta roja para mantener al personal dispuesto para situaciones de emergencia.

— ¡Eh, capitán!, ¿qué sucede? — inquirió Nower encaramándose a la carlinga de su nave de combate.

— No lo sé. Prepárate como indican las ordenanzas.

Apenas los tres se habían instalado en sus respectivas naves cuando las luces dejaron de parpadear y las chicharras callaron. Toda la colonia Cero quedó iluminada por las luces piloto.

Las compuertas de seguridad se habían cerrado, haciendo los compartimientos estancos por si se producía una súbita despresurización. Las gigantescas corazas cubrieron los techos de la colonia. Se había hecho un silencio impresionante, ni siquiera se podían oír las voces del personal.

— Atención, atención, os habla el comandante Faber. Han sido silenciadas varias de nuestras subcolonias. Ignoramos qué ha podido ocurrir, pero sabemos que nuestra colonia está rodeada de seres invasores que han sido detectados.

En aquel momento se produjo un murmullo general en la colonia Cero, capital de las colonias terrícolas ubicadas en la Luna.

Bruscamente, una voz desconocida, una voz potentísima, grave y autoritaria, se introdujo por los circuitos megafónicos pudiéndose escuchar en toda la colonia: Era la voz del invasor.

«Atención, atención, terrícolas, somos la primera división de vanguardia de! ejército espacial witia. Os habla lo que vosotros llamaríais general y mi nombre es Xowen, comandante en jefe de la división que ahora ocupa este astro que vosotros llamáis Luna»

Hizo una pausa; todos en la colonia Cero tenían el corazón encogido. La tan temida invasión había llegado inesperadamente, sorprendiéndoles.

«Todas vuestras subcolonias han sido ya eliminadas, no queda absolutamente nada de ellas. Vuestro único reducto en la Luna es esta colonia Cero. Os daréis cuenta de que os tenemos controlados perfectamente. Os hemos estado observando durante mucho tiempo antes de decidirnos a la invasión. Por el momento, no podéis mandar ningún mensaje de petición de auxilio porque enviamos señales distorsionantes a vuestras antenas que en los receptores del planeta Tierra serán consideradas como averías técnicas. Quede bien claro que estáis aislados, que tenéis cinco minutos para rendir la colonia. De no hacerlo, la desintegraremos hasta sus cimientos. Elevaremos la temperatura del interior de la colonia a un millón de grados, como hemos hecho con las subcolonias. Entregaos como prisioneros de guerra y vuestras vidas serán respetadas. Tenéis cinco minutos»

Se cortó el mensaje.

Hubo un largo silencio dentro de la colonia. El comandante Faber estaba lívido, con las manos casi agarrotadas en los brazos de su butaca. De pronto, uno de sus hombres rompió el silencio.

— Es cierto, comandante Faber, las emisiones de telecomunicación están intervenidas por acción distorsionante.

El comandante Faber no había respondido aún cuando por la comunicación interna le llegó la voz de Erik Kensun.

«Comandante Faber, ¿me escucha?»

— Sí, le escucho — respondió con voz apagada.

«Voy a salir al exterior para hacer un vuelo de reconocimiento»

— No lo haga, lo aniquilarán.

«Correré el riego. Le enviaré señal de T.T.V, infrarroja.»

·—No haga ninguna acción de ataque, capitán Kensun, sólo de

reconocimiento.

«De acuerdo. Si no vuelvo, suerte.»

La nave de combate se introdujo en un estrecho hangar de despresurización ultrarrápida. Las compuertas se cerraron tras él y la atmósfera artificial fue absorbida por las bombas de recuperación. Los pilotos de luz verde que se hallaban sobre la salida se encendieron y la puerta se abrió majestuosamente.

Erik salió al exterior con su nave, pudiendo ver el cielo plagado de estrellas.

Elevó la nave a no mucha altura, sabiendo que en cualquier memento los disparos de los invasores podían desintegrarle. El blanco era perfecto; sin embargo, él no vacilaba en alzarse, con una velocidad de apenas cincuenta millas hora para volar en círculo en torno a la colonia.

— ¡Maldita sea! —gruñó Erik mirando la pantalla que tenía frente a él, adherida al salpicadero donde estaban los elementos de control.

Gracias a los infrarrojos podía ver los cuerpos de los invasores, rodeando la colonia Cero. No había posibilidad alguna de escape; si disparaban, la colonia sería batida desde arriba en todas direcciones y si aquellas armas eran capaces de elevar la temperatura hasta un millón de grados, la colonia estallaría como una gigantesca burbuja luminosa.

El interior del cráter en que se había construido la colonia semejaría el interior de un volcán donde hasta las rocas de las paredes se fundirían y. nada quedaría de los terrícolas tal como habían amenazado.

— ¡Comandante Faber, comandante Faber, les envío señal! ¡Atención, les envío señal!

Mientras Erik abría el envío de señal para que pudieran ver lo mismo que él estaba viendo, es decir, cientos y cientos de guerreros invasores listos con sus armas para desintegrarles, conectó el canal de recepción y sólo pudo escuchar ruidos, la intervención distorsionante impuesta por los invasores witia.

Erik Kensun era consciente de que los invasores le debían estar controlando y de que si no disparaban contra él para destruirle era porque no debían considerarlo conveniente por el momento.

De pronto, Erik tomó una decisión súbita, sin consultar.

Salió disparado, pasando de aquella velocidad exigua a cincuenta mil millas hora, llegando en breves momentos al emplazamiento de una de las subcolonias.

Pudo ver el cráter donde se había ubicado la subcolonia y que era sólo un agujero que despedía oleadas de calor como si se tratara de un volcán terrestre en actividad.

El magma licuado lo cubría todo. Allí debían estar fundidas también dos de las naves de combate espaciales, con sus cosmonautas, dos jóvenes milicianos, hombre v mujer. Ya nada quedaba de ellos.

Era evidente que habían utilizado el elemento sorpresa y el poder de sus armas térmicas capaces de transformar la roca en lava candente y licuada, una lava que debía haberse introducido hasta en los túneles de seguridad, no dejando nada vivo.

Mientras, el comandante Faber, hundido, desmoralizado por no haber sido capaz, con los elementos de que disponía, de prevenir aquella invasión de millares de witias que estaban allí, cercándoles para destruir ¡as subcolonias, había visto en la pantalla gigante de televisión tridimensional a color a los guerreros invasores, aquellos seres con trajes metálicos que les daban aspecto de robotoides que rezumaban fortaleza y poder. Abrió el telecomunicador y comenzó a hablar con lentitud.

— General Xowen, no sé si puede escucharme…

«Le estoy escuchando, comandante Faber» — respondió la voz grave, poderosa y tajante del general witia que se introducía en la megafonía interna de la colonia.

— Le tomo la palabra de que vidas y bienes en esta colonia Cero serán respetadas.

«No lo dude, comandante Faber. Entregándose salva la vida de todo el personal; una resistencia no les serviría de nada, no durarán vivos ni un minuto.»

— Está bien, general Xowen nos rendimos. Le voy a abrir la compuerta de entrada principal.

«Abra también las demás y quite las corazas de protección en señal de rendición y sumisión» — ordenó tajante el invasor witia.

El comandante Faber, humillado y derrotado, dio las órdenes oportunas para que se abrieran las compuertas. Nadie protestó ni trató de desobedecer; la vida de todos estaba en juego.

Las compuertas se abrieron y los witia, en secciones, se fueron internando en la colonia Cero, no en oleadas, para evitar caer en una trampa de los terrícolas.

Aquellos seres que más parecían robots bioelectrónicos que humanos, penetraron en la colonia con sus armas, tomando posiciones y ordenando al personal terrícola que se fuera reuniendo en el gran hangar, haciéndole abandonar sus puestos de servicio.

Los doscientos treinta y siete servidores quedaron reunidos al fin en el hangar con el comandante Faber al frente. Todas las salidas quedaban perfectamente controladas por los witia.

Uno de aquellos seres impresionantes que no dejaban ver su faz, ocultándose tras el protector de cristal negro que cubría la parte delantera del yelmo morado, avanzó delante de los demás.

En su pecho llevaba una especie de estrellas luminosas que debían ser más identificativas que funcionales.

— Soy el general Xowen. Ahora sois prisioneros del Imperio Witia. Habéis hecho bien en rendiros; de no hacerlo, habríais perdido Ia vida. A partir de ahora .acataréis todas nuestras órdenes. Cualquier acto de indisciplina implicará la desintegración del culpable. Os hemos estudiado y sabemos que los terrícolas poseéis un sentimiento o acción a la que llamáis piedad. Ese sentimiento o acción es desconocida para nosotros, de modo que los que no deseen morir se limitarán a obedecer. Ahora, os serán colocados unos collares identificamos y de control.

El comandante Faber se adelantó enfrentándose al general Xowen para protestar;

— ¡Esto es una humillación! Nos consideramos prisioneros de guerra, pero…

El general Xowen- estiró su brazo y con su mano enguantada, una mano que tenía aspecto metálico como si fuera un guantelete del Medioevo terrícola, lo apresó por el cuello v lo sacudió, obligándole a abrir la boca en busca de aire.

Hubo un movimiento de avance en los prisioneros corno para salir

en ayuda de su comandante, pero los witias les apuntaron con sus armas cuando ya el general Xowen soltaba su presa.

El comandante Faber cayó al suelo con marcas y desolladuras en su garganta que se teñía rápidamente de sangre.

— No habrá otra ocasión; a la próxima réplica, sea quien sea el que la haga, desintegraremos al culpable. Ahora, mis guerreros os colocarán los aros de control.

El primero en recibir la humillación de ver encerrado su cuello dentro de un aro metálico dentro del cual había unos artilugios electrónicos y que presionaban sobre la piel, fue el propio comandante Faber.

CAPITULO IV

La invasión de los witia en la Luna era ya un hecho. Lo habían conseguido primero en Titán, luego en Marte; los terrícolas, enviándoles poderosos misiles, habían logrado expulsarlos, aunque ya no se habían podido recuperar los astros perdidos.

Mas, la Luna era muy diferente. En la colonia Cero se hallaban muchos terrícolas e instalaciones interesantes. No podían enviar misiles desde la Tierra para convertir el satélite natural en un astro incandescente y barrer todo signo de vida, pues, de hacerlo, morirían los prisioneros.

Era obvio que los witia habían preferido coger rehenes que destruirlos para sentirse ellos mismos protegidos. Tampoco se podía exigir el sacrificio de toda la colonia Cero para que el planeta Tierra no quedara en peligro.

Erik observó todas las subcolonias arrasadas por el ataque sorpresa de los witia que, evidentemente, lo que deseaban era invadir el planeta Tierra, pero antes debían conquistar la Luna, acción bélica que parecía haberles resultado sumamente fácil.

Comprendía que si regresaba a la colonia Cero sería convertido en prisionero como los demás; no había escapatoria, pero ¿ qué podía

hacer? Su nave podía marchar hacia el planeta Tierra y dar la alarma; él podía llegar a salvarse, pero ¿de qué serviría?

Los witia le habían dejado pasar sin destruirle para que comunicara que, efectivamente, las subcolonias habían sido arrasadas dentro de los cráteres en que fueran construidas; pero, estaban seguros de que regresaría, por eso le habían dejado pasar.

Sus dientes casi rechinaban recordando a los miembros de su flotilla que habían desaparecido sin llegar a actuar,' sin poder combatir al enemigo invasor.

¿Dónde estaba el poder de los misiles MHP para evitar una invasión, de qué habían servido si ya se habían apoderado de la Luna? Y en la Tierra aún no se habían enterado de la trágica suerte de las colonias terrícolas en la Luna.

Pensando en esto, tomó una decisión que estaba seguro le iba a costar la muerte a plazo corto. En la nave llevaba agua, oxígeno y bolsa de alimentos, pero no para sobrevivir más de cinco días.

— No me entregaré. Yo no he oído la orden del comandante Faber de que hay que rendirse y no tengo porque obedecer—se repitió a sí mismo.

Abrió el canal de largo alcance y viendo al planeta Tierra claramente frente a él, disparó su telecomunicación láser-infrarrojos tras pulsar el botón de orientación automática del emisor hacia el receptor.

— Atención, atención, habla el capitán Kensun; atención, atención, habla el capitán Kensun en misión en la flotilla espacial de combate destinada en la Luna. Hemos sido invadidos por los witia. Las subcolonias han sido arrasadas, exterminadas totalmente y la colonia Cero ha caído prisionera. Ya no volveré a enviar más mensajes; corto y suerte.

Tras aquel mensaje, Erik Kensun hizo descender su nave de combate hasta casi pegarla a la superficie de la Luna. Avanzó rodeando los grandes cráteres y se alejó de la colonia Cero en dirección al hemisferio oculto, esperando que los witia no tuvieran repartidos puestos de control por toda la superficie lunar.

Llegó al lugar donde habían caído los meteoritos y detuvo su nave casi encima de uno de ellos.

Lo examinó con atención y comprobó Io desmenuzado que estaba; le extrañó y buscó otro meteorito, viendo que estaba igual.

«Han venido dentro de los meteoritos — se dijo —; han conseguido engañarnos. También son astutos, ¡y nosotros que creíamos tener la patente de la astucia en el universo!»

Recordó que le había pedido a! comandante Faber que enviara los misiles MHP contra los meteoritos para desintegrarlos en el espacio. De esta forma, jamás hubieran llegado a la Luna y, por supuesto, no se habría producido la invasión.

De ellos no hubiera quedado más que una nube de polvo cósmico y los witia habrían fracasado en su intento de invasión. En cambio, ahora, estaban cumpliendo sus objetivos uno por uno y desde Ia Luna podían dominar luego el planeta Tierra.

Era muy posible que después del éxito de invasión en la Luna llegaran naves witia cargadas de armamento para amenazar al planeta Tierra y exigir la rendición de los terrícolas en masa, lo que sería equivalente a su muerte y esclavitud.

Prefirió dejar de pensar en la posibilidad que había estado al alcance de su mano de impedir la invasión witia y que no había sido aprovechada. Ya no servía de nada ¡amentarse, había que actuar.

«Ahora no puedo regresar a la colonia Cero, me estarán esperando. He de dejar pasar algún tiempo», se dijo

Abandonó el área utilizada para el desembarco de los invasores que habían tenido la ingeniosa idea de construir falsos meteoritos para encerrarse en ellos. Obviamente, aquellos seres que se habían lanzado sobre la Luna de semejante forma debían poseer una resistencia inimaginable a los impactos y al calor.

Quizá aquellas falsas rocas con que se habían revestido poseían poderes de absorción de golpes y eran refractarias al calor; lo ignoraba y no era momento de analizarlas, tiempo habría para hacerlo si es que conseguían vencer a los witia, cosa que dudaba.

Poseía una excelente cartografía de la superficie lunar y especialmente de sus cráteres, por lo que se dirigió al cráter Liberty-2.000. No era un cráter de los mayores, pero sí bastante profundo y poseía oquedades en sus paredes verticales que le permitían esconderse, ya que estaba seguro de que los witia comenzarían a buscarle al advertir que no regresaba.

Descendió al interior del cráter y se introdujo en una cueva que se abría a mitad de una pared vertical. La oquedad no era muy profunda, pero sí lo suficiente como para ocultar su nave de combate y que no pudiera verse desde afuera.

«Aunque sea tiempo de desgracia, ahora a comer y a dormir.»

Con un sentido pragmático de la situación, el capitán Erik Kensun se alimentó y luego estiró su butaca anatómica, de tal forma qué le permitiera un sueño profundo y recuperador.

Por el momento nada podía hacer; la colonia había caído prisionera y los del gobierno de la Confederación Terrícola ya debían conocer tan desagradable noticia. ¿Qué se podía hacer? De momento, descansar, se dijo, ya tendría tiempo para morir.

Despertó bruscamente y al hacerlo, el más absoluto de los silencios le rodeaba.

Tuvo que mirar la hora para darse cuenta de que había dormido siete horas completas sin despertarse. Una pequeña pastilla de somnífero le había ayudado para no comenzar a cavilar en la situación en que se hallaban.

Se desperezó. Le hubiera gustado tener un lavamanos y una ducha, pero ninguno de estos lujos quedaban a su alcance. Tenía comida, agua y oxígeno para cuatro días, ya que había consumido uno. Y delante de él, un salpicadero lleno de controles y una pantalla de T.T.V.

Se le ocurrió abrir el circuito de telecomunicación y la pantalla se llenó de ruidos y parásitos. Acercó la nave a la entrada de la cueva y estiró una larga antena movible. Ajustó la pantalla y salió una señal fija que conocía muy bien y que pertenecía al emisor lunar que repartía sus telecomunicaciones gracias a satélites automáticos que orbitaban la Luna.

Dejando la pantalla encendida, comenzó a mirar el aparato cartográfico que era alargado y poseía luz propia. Ocupando toda la parte plana superior, aparecían los mapas con solo mover unas ruedecillas laterales.

Aquel almanaque cartográfico luminoso sólo lo poseían las naves de combate y debían ser utilizados en situaciones de emergencia como la que estaba viviendo.

Estudió especialmente los planos de la colonia Cero y sus alrededores. Mientras lo hacía, la imagen fija desapareció de la pantalla de T.T.V, y pudo ver lo que temía: un witia.

A juzgar por las estrellas luminosas que lucía en el pecho, era el propio general Xowen que debía hallarse muy satisfecho porque la invasión había sido todo un éxito.

«Atención, atención, terrícolas, tenemos la Luna controlada. Si detectamos el acercamiento de alguna nave enemiga, daremos muerte a los rehenes que tenemos en nuestro poder.»

Pudo ver la imagen del comandante Faber, con el aro metálico rodeándole el cuello. Su expresión y actitud eran de profunda derrota. La telecámara enfocó luego al nutrido grupo de prisioneros y Erik Kensun pudo distinguir claramente a Jessica que tenía el cuello encerrado también dentro de uno de aquellos malditos collares.

Erik sintió como un zarpazo dentro de su cuerpo; tuvo el rabioso impulso de defender a Jessica, también a los demás compañeros, pero Jessica era otra cosa...

La imagen de la muchacha desapareció para dar paso de nuevo a la aborrecible figura de witia, unos seres que no se sabía de qué sistema estelar venían.

Por primera vez, a través de sus pantallas de T.T.V., los terrícolas podían verles; aunque esto era un decir, porque seguían protegidos por sus uniformes, escondiendo el rostro tras el protector facial trasparente, pero tan negro que no se podían ver los rasgos ocultos tras él.

«Ya lo habéis oído, terrícolas. La vida de los prisioneros depende de las torpezas que podáis cometer. Ahora, corto esta comunicación. Habrá otros mensajes, manteneos a la espera.»

Sin más, la pantalla de T.T.V, se quedó blanca.

Erik Kensun volvió a ensimismarse en los mapas hasta que creyó encontrar lo que buscaba.

Puso en marcha su nave y con todas las luces apagadas, salió de la oquedad que le había servido de refugio. Luego, se elevó, saliendo del cráter.

Puso la intensidad del radar al máximo y la velocidad de crucero

muy lenta, buscando en todo momento acercarse a rocas y promontorios de forma que fuera más dificultoso ser avistado, pues ignoraba cómo se habían establecido los witia en la Luna.

El riesgo que corría era muy grande. Nada más descubrirle, le dispararían con sus armas, pero él también iba armado y podía replicar, aunque no pensaba hacerlo contra la colonia Cero, pues las vidas de sus hermanos de civilización corrían peligro.

Detectó varios objetos móviles y supuso que eran witias que se desplazaban a una considerable velocidad. No le extrañó, pues estaba convencido de que al haber llegado dentro de los falsos meteoritos tendrían alguna posibilidad de desplazamiento que él ignoraba.

Sin precipitarse, tras centrarlos en su radar, se ocultó tras un grupo de rocas. Aguardó sin dejar de seguir a los witias con las telecámaras periscópicas que le permitían continuar escondido. Los captó, acercó su imagen en pantalla y pudo observarlos bien.

Eran cuatro witias que se desplazaban impulsados por una energía que brotaba de sus botas y la marcha se conseguía estando ellos en posición horizontal.

Tras comprobar que no había más, decidió actuar tal como habían hecho antes con ellos.

Conectó el mecanismo de disparo con el radar, aguardó a que quedaran bajo su línea de fuego y pulsó su botón rojo.

De la nave de combate terrícola brotó un rayo fino y rectilíneo, muy luminoso, que acertó a los witias que se pusieron incandescentes. Cayeron sobre la superficie lunar y estallaron después, convirtiéndose en partículas luminosas ígneas que no tardarían mucho en enfriarse.

Sabiendo que no habían tenido tiempo de avisar del ataque de que eran objeto, Erik Kensun reanudó la marcha saliendo del hemisferio oculto. Mantuvo el radar bien dispuesto por si veía aparecer a más witias, aquellos invasores que para conseguir apoderarse de la Luna habían matado a cientos de terrícolas sin dejarles tiempo de defenderse. Si había que vencerles, debían emplear sus mismos métodos.

Se introdujo en un cráter dentro del cual, disimulado y quieto, a punto de disparo, había un terrible misil MHP.

Erik se daba cuenta de que si los witias tenían conocimiento de la

existencia de aquellas poderosísimas armas en la Luna, a punto de disparo, sólo tendrían que colocar en el ordenador el planeta Tierra como objetivo y barrerían todo signo de vida en la superficie terrestre.

El peligro de que tal hecho ocurriera era real y latente.

Descendió al interior del estrecho cráter donde se ocultaba el misil pintado de negro para confundirlo con la oscuridad del propio fondo y que no se pudiera ver ni detectar siquiera con infrarrojos, ya que al estar desconectado permanecía totalmente frío.

CAPITULO V

El comandante Faber se había sumido en un profundo y depresivo silencio. Se sentía derrotado y culpable de la situación, ya irreversible.

El se había opuesto a la sugerencia del capitán Kensun cuando, si le hubiera hecho caso y lanzado los misiles MH,P, ahora los witias serían sólo polvo cósmico y nada más habrían sabido de ellos y, quizá considerándolo como una invasión frustrada, era posible que desistieran de su intento definitivamente.

Varios prisioneros estaban tratando de formar un comité de fuga pese a las dificultades que tenían. Los aros metálicos ceñían sus cuellos y a través de ellos eran controlados y castigados si hacía el caso, pues a distancia les enviaban descargas eléctricas que pasaban por la cerviz a todo el sistema nervioso, impidiéndoles moverse como deseaban.

— ¿Qué harán ahora? — preguntó Laya.

A su lado, Jessica respondió:

— No lo sé.

— ¿Se habrán cansado ya de filmamos?

— Quizá lo que quieren es hacernos muchas filmaciones para mostrarnos al gobierno de la Confederación Terrícola.

— ¿Y para qué?

—- Para que no envíe naves de rescate.

—-¡Hum!, no sé si nos dejarán libres alguna vez. ¿Cómo serán esos witias en realidad?

— Lo ignoro, no se quitan sus trajes de supervivencia. Quizá nuestra atmósfera les sea nociva.

Los prisioneros se hallaban reunidos en el hangar y el hambre a todos y el sueño a muchos, comenzaba a torturarles.

Las filmaciones habían sido hechas; los witias parecían querer acumular filmaciones de sus prisioneros en distintos lugares de la colonia Cero y luego los regresaban junto a los demás en el hangar.

«Atención, atención, prisioneros terrícolas... — La voz llegó claramente por los altavoces. —Tal como se os vaya nombrando avanzaréis hasta la puerta siete.»

Comenzaron a nombrar hasta un número que parecía la mitad de los que allí estaban. Nadie se resistió, el hacerlo implicaba un castigo que les llegaba a través del collar que les esclavizaba.

Los nombrados fueron introducidos en un hangar de despresurización. Las puertas se cerraron herméticamente y empezaron a ponerse nerviosos.

De pronto, comenzaron a recibir un duro castigo a través de aquellas sofisticadas argollas.

Empezaron a retorcerse, el dolor era insoportable entre los allí encerrados. Se agarraban a los collares de castigo, intentando arrancárselos sin conseguirlo, mientras se escuchaban gritos desgarrados de hombres y mujeres que no comprendían por qué se les infligía aquel castigo inesperado y terrible.

Torturados por el intenso dolor que se expandía a través de todo su sistema nervioso, no se dieron cuenta de que se estaba despresurizando el hangar.

El aire, absorbido por las bombas de aspiración, fue desapareciendo y ellos, asfixiándose, cayeron al suelo en medio de intensos dolores hasta que todos quedaron quietos, a lo sumo con contracciones espasmódicas.

Las luces piloto de color verde se encendieron y se abrió la puerta que daba al exterior de la colonia. La superficie de la Luna quedó a la vista, fría e inhóspita, sin atmósfera.

Aparecieron los witias con vehículos de carga fabricados en el planeta Tierra y en ellos transportaban los cuerpos sin vida de los prisioneros asesinados.

Les fueron quitando los collares y luego arrojaron los cadáveres a un pequeño cráter.

Cuando todos aquellos seres sin vida, hombres y mujeres que habían sido la mitad del personal de la colonia Cero, estuvieron dentro del cráter, una veintena de witias los rodearon y dispararon sus armas contra ellos, provocando un foco térmico que hizo que el fondo del cráter se tornara rojo-blanco.

Un humo, primero espeso y luego apenas visible, se esparció en derredor. Luego, se alejaron del cráter. Allí ya no quedaba ni vestigio de lo ocurrido, pero alguien, a distancia, había observado su criminal maniobra: Era Erik Kensun.

Los que quedaban vivos no supieron en aquellos momentos lo sucedido a sus compañeros.

Los witias habían escogido cuidadosamente al personal a exterminar, eligiendo a los que podían hacer un trabajo igual al que efectuaban los que quedaban vivos. Parecían estar reservando al personal justo para que la colonia Cero funcionara, pero sin personal de relevo o retén.

Laya y otros que formaban parte del personal de servicio fueron enviados a distribuir alimentos entre los presos.

— ¿Comandante Faber?

Apenas reaccionó al ser interpelado en voz baja por el capitán Donaldson. Junto a él se hallaban el capitán Caballini y la teniente Jessica.

— Comandante Faber — insistió ahora la teniente Jessica.

— ¿Qué, qué sucede?

El capitán Caballini, siempre en tono de cuchicheo, le comunicó:

—Hemos decidido formar el comité de fuga.

— ¿Fuga? ¿Están locos, cómo podríamos fugarnos? Nos encontramos en la Luna, ¿es que ya no se acuerdan? No podemos ni salir al exterior de la colonia.

— Hay naves.

— No podemos utilizarlas — replicó el comandante Faber.

Jessica observó con pesar:

— Tenemos sospechas de que la mitad del personal de la colonia ha sido exterminado.

— ¡No puede ser!

El capitán Caballini insistió:

— Se los llevaron y no han regresado. Por los que nos han servido alimentos sabemos que sólo se han dado raciones para la mitad del personal. Los que se fueron no han regresado.

— ¡Qué desastre, qué tragedia! —se lamentó por enésima vez el comandante Faber.

— No sirve de nada lamentarse, comandante — le objetó Jessica.

— Y del capitán Kensun, ¿qué se sabe?

— Nada — respondió Jessica —, se marchó v no ha vuelto.

— ¿Habrá tenido tiempo de escapar?

Caballini respondió.

— No sabemos nada de él ni de nadie.

Jessica explicó:

— Su nave está al completo de energía. Si hubiera querido, habría podido marcharse hacia la Tierra.

— Por lo menos, él se habrá salvado.

Los capitanes Caballini y Donaldson miraron interrogantes a Jessica; ésta trató de disculpar al ausente.

— Si se ha ido, ha hecho bien. Por lo menos habrá podido informar a la Tierra de lo que ha pasado aquí.

— Tendremos que esperar a ver qué hacen con nosotros — musitó el comandante.

Donaldson no parecía dispuesto a resignarse.

— Creo que tratarán de utilizar este emplazamiento en la Luna para amenazar a la Tierra.

— En la Tierra no se dejarán amenazar — replicó el comandante Faber sin fuerzas, nada convencido.

— Lo mejor — opinó Jessica — sería que se olvidaran de nosotros y exterminaran toda clase de vida en la Luna, de este modo desaparecerían los witias.

— No creo que lo hagan — rezongó el capitán Caballini.

— Si pudiéramos enviarles algún mensaje para que lo hicieran... — exclamó Jessica—. Deberíamos buscar el medio para comunicarles que nuestras vidas no sirven para nada y que no tiene ninguna importancia que muramos.

— Comandante Faber, si usted no quiere participar, no lo haga — concretó el capitán Donaldson —. De todos modos formaremos el comité de fuga y resistencia, aunque nos cueste la vida. Esta guerra con los witias no deja cadáveres a la vista, no deja regueros de sangre, pero nuestros hermanos desaparecen totalmente fundidos o desintegrados. ¿Dónde están los servidores de las subcolonias?

— No lo sé, quizá pronto lo sepamos — respondió abatido el comandante Faber.

Se acercaron cinco witias armados y el grupo se separó, mirando hacia aquellas caras impenetrables, ocultas tras el cristal negro que protegía la parte frontal del yelmo.

— Atención, terrícolas — exigió con su voz grave el jefe del grupo de witias —. Volveréis a vuestros puestos de trabajo. Cualquier anomalía que se registre en vuestra labor, será sancionada con la muerte. Sólo sobrevivirán los que obedezcan sin objeciones. Os dejaremos enviar mensajes a vuestros amigos y familiares en el planeta Tierra, todo irá bien si no hay problemas.

— ¿No haber problemas? — se enfureció un miembro del grupo—. ¡Lo que queréis es aniquilar nuestra civilización!

No hubo réplica de castigo en aquella ocasión. El witia que les estaba hablando parecía más interesado en convencerles de que no serían despiadados si no se les obligaba a serlo.

— No, no desaparecerá vuestra especie, una rendición completa la salvará.

— ¿Y nos convertiremos en esclavos para siempre? — preguntó atónito el capitán Donaldson.

— La misión del más débil es ser esclavo del más fuerte; ésta es una ley universal que vosotros mismos habéis aplicado a lo largo de vuestra historia que nosotros hemos estudiado para conoceros mejor. Sabemos cómo sois y la conclusión es sencilla y elemental: inferiores a los witias, por !o que estáis obligados a servirnos, es vuestra única posibilidad de supervivencia.

— ¡El gobierno de la Confederación Terrícola no se rendirá! —casi chilló uno de los presentes.

— No tendrá otro remedio o les enviaremos unos artefactos que vosotros mismos habéis inventado y que se llaman misiles MHP. Vuestros ingenios bélicos quemarán la superficie del planeta Tierra y nada vivo quedará sobre él. De todos modos invadiremos el planeta Tierra, abrasado o tal como esté; depende de la actitud que tomen vuestras fuerzas armadas. Se terminó la charla; todos a trabajar.

Iniciaron la marcha hacia los puestos de trabajo; sólo que los puntos vitales fueron ocupados por los propios witias para que la colonia no pudiera quedarse sin energía ni el sistema de telecomunicación fuera utilizado sin su control.

Tuvieron que convencerse de que estaban a merced de los invasores, a quienes para aniquilarlos, les habría bastado con quitar la atmósfera artificial que poseía la colonia Cero. Al parecer, ellos, con los trajes que llevaban, podían vivir lo mismo dentro de la atmósfera artificial que facilitaba la vida a los terrícolas que fuera de ella.

Aquellos trajes debían ser muy autosuficientes, lo que resultaba un poco extraño, pues no portaban a sus espaldas tanques de oxígeno o de algún gas que les hiciera falta para respirar.

No eran pocos los terrícolas que ansiaban verles la cara sin haber

podido conseguirlo.

CAPITULO VI

Erik Kensun, enfundado en su traje de supervivencia espacial, se enfrentó con la puerta de acero. Poseía una rueda de cierre manipulable desde el interior lo mismo que desde el exterior.

Aquella puerta se hallaba al fondo del cráter dentro del cual había uno de los gigantescos misiles MHP cargados de poder destructivo, un poder temido por igual por witias y terrícolas, sólo que éstos últimos eran sus inventores y podían disponer de ellos a excepción de los dos misiles que se hallaban en la Luna y que ahora estaban bajo el poder de los witias.

Erik Kensun no dudaba que muy pronto conocerían su manejo si hurgaban en la memoria del gran cerebro electrónico que poseía la colonia Cero,

Hizo girar la rueda hacia la izquierda y, al poco, la compuerta de acero cedió.

Erik Kensun cruzó el umbral y volvió a cerrar herméticamente. Se encontró en un largo túnel excavado en el subsuelo de la Luna, un túnel por el que se estiraban los cables de conexión que se hallaban conectados a la base del poderoso misil destructor e iban al centro neurálgico de la colonia Cero desde donde se podría programar el misil para enviarlo a su destino y dispararlo todo en apenas unos segundos.

Gracias a una linterna pequeña pero de potente luz que llevaba consigo, Erik Kensun avanzó por el túnel solitario y sin aire. Anduvo por él varios kilómetros y en dos ocasiones se detuvo para descansar.

Comenzaba a notar la falta de agua en su cuerpo. Había comido, bebido y dormido, pero ahora todos los alimentos y en especial el agua se habían quedado ocultos en su nave.

Al fin, arribó frente a otra puerta con igual cierre a la primera. Hizo girar Ia rueda, abrió y pasó al otro lado de la compuerta,

cerrando de nuevo.

Se hallaba en una pequeña cámara de presurización. Allí no había aire, pero sabía que cuando abriese la tercera parte, aquel pequeño recinto se llenaría de aire artificial perteneciente a la propia colonia, una cantidad de aire inapreciable por los controles, ya que la colonia proporcionaba atmósfera a millares y millares de metros cúbicos y aquella pequeña cámara entre dos puertas no tendría más de seis metros cúbicos de espacio para rellenar de atmósfera.

Miró el manómetro instalado en la pequeña cámara para trasvase de personal y cuando observó que la presión había subido por encima de los setecientos milímetros, comenzó a quitarse el traje de supervivencia espacial; ya no dependía de él.

Tenía el aire de la colonia a Ia que había conseguido regresar sin ser visto gracias al túnel que unía el cráter donde se hallaba depositado uno de los dos misiles MHP con el resto de la colonia.

Se despojó totalmente del traje que le daba autonomía fuera de la protección de la colonia Cero. Salió de la cámara y volvió a cerrar la compuerta de acero. En aquellos momentos se encontraba en una de las naves más profundas de la colonia.

Bajo él ya sólo estaba la pila nuclear que daba energía a toda la colonia. Alrededor suyo estaba lleno de maquinaria que producía un ruido fuerte y continuo. Allí estaban los depósitos de aire, los purificadores y los productores de oxígeno y nitrógeno.

Allí se reciclaba el agua que era utilizada en la colonia y la que se perdía en el proceso, se reponía artificialmente, produciéndola químicamente a partir del hidrógeno y del oxígeno obtenido de otras materias, todo un complejísimo sistema para que el hombre sobreviviera en un astro tan hostil, árido y exento de atmósfera como era la Luna.

Millares de tuberías y cables se dirigían hacia las paredes y subían por los techos, taladrándolos y yendo en busca de los servicios.

No había nadie en aquella vasta nave subsolar situada en el veinteavo sótano, por debajo de la planta cero. Podía utilizar el ascensor, mas prefirió ir en busca de la escalera. No quería sentirse encerrado por si era descubierto. Conocía bastante bien la colonia Cero y no le costó orientarse.

Nadie le podía sorprender en aquellos momentos. Todo el complejo

funcionaba automáticamente, controlado por el cerebro electrónico central. Allí sólo entraban los miembros del servicio de mantenimiento por si había alguna fuga, alguna válvula floja, algún engranaje falto de grasa para evitar excesivos rozamientos.

Ascendió tres plantas, todas ellas repletas de maquinaria; aquello eran el estómago y las tripas de la colonia.

Toda la maraña de maquinaria y depósitos debía haber sido revisada ya por los witias, quienes, tras comprobar que no había nadie escondido, debían haberle perdido interés.

Pasó otras tres plantas más de almacén, con doble altura de techumbre, pues allí se almacenaban suministros de todas clases. Aquellas naves tenían grandes montacargas que comunicaban con los hangares adonde arribaban las naves de transporte procedentes de la Tierra.

Cuando divisó un aseo, se metió corriendo en él y lo primero que hizo fue introducir toda la cabeza bajo uno de los grifos. Se empapó bien y luego bebió agua como un ser perdido en los desiertos ecuatoriales.

Sintiéndose mucho mejor, se disponía a abandonar el aseo cuando escuchó pasos, unos pasos que resonaban fuertes, pesados. Pese a que no los había oído caminar jamás, dedujo que era uno de los invasores.

El witia abrió la puerta del aseo y cuando lo hizo, Erik ya se había encaramado al techo, cogido a las tuberías que estaban visibles.

El witia, debido a lo elevado de su estatura, prefirió no rebasar el dintel, para lo cual necesitaba agacharse. Dio un vistazo desde la puerta, comprobando que no había nadie incluso con rayos infrarrojos. No pudo localizar a Erik Kensun y cerró la puerta, prosiguiendo su ronda de inspección.

Minutos más tarde, Erik se deslizaba por los corredores.

Lo que llevaba conseguido ya era mucho. Los witias, que debían creer que tenían a toda la colonia controlada, poseían a un hombre terrícola fuera de su control.

Subió más plantas y logró entrar en las dependencias interiores del club. Sorprendió a Laya trabajando.

— ¡Erik!

— ¡Ptsss!—le pidió silencio, mirando en derredor con precaución.

— Creíamos que estabas muerto; algunos decían que habías regresado a la Tierra.

— Pues ya ves, estoy aquí.

— No tienes el aro — observó ella.

Él lo tocó con suavidad y después preguntó:

— ¿Os hace daño?

— Si desobedecemos, nos tortura. Al mismo tiempo les sirve para controlarnos en todo momento; saben dónde estamos y enviándonos unas sacudidas nos hacen acudir adonde quieren. Es peor que unos grilletes.

— Está muy ajustado. ¿Te deja respirar?

— Sí, pero lo justo.

— Tendré que buscar un material que se parezca al del collar, me confeccionaré uno falso y así podré moverme sin dificultades.

— Quizá encuentres el material en la sección de mantenimiento.

— Luego pasaré por allí y ahora dime, ¿cuántos son?

— Muchos, la mayoría están arriba. Se rumorea que están esperando una oleada de sus naves, una segunda pero masiva invasión.

— ¿Sabes para cuándo se espera?

— No, ni siquiera sé si ese rumor de que vienen más witias es cierto.

— Intentaré averiguarlo. ¿Cómo os tratan?

— Con dureza. Se dice que también han eliminado a la mitad del personal para verse libre de problemas.

— Eso es verdad.

— ¿Lo sabías?

— Yo he visto el fin. Sus armas son muy poderosas y no ha quedado ni rastro de. nuestros compañeros, se Han fundido con la roca viva. Ya no volveremos a verlos.

— Erik, Erik, tengo miedo, no quiero morir. Sé que soy una cobarde, pero no quiero morir.

El hombre la abrazó contra sí.

— No temas, Laya, no vas a morir. Obedece las órdenes que te den, no dejes que te torturen.

— ¿Y tú qué harás? Si te ven sin el collar de castigo, este collar que nos esclaviza, te eliminarán.

— Llevo pistola y procuraré que no me vean. ¿Puedes hacerme un favor?

— Sí, claro.

— Comunícate con Jessica cuando puedas y dile que la espero en su habitación. Que no diga nada a nadie y tú tampoco. Alguien podría hablar y comenzaría la operación caza; tendría que convertirme en ratón corriendo por los túneles.

— No te preocupes, se lo diré a ella solamente. Cuídate; si te descubren te eliminarán, ya lo han dicho bien claro. No conocen la piedad y todo el que les estorba es asesinado.

— Les pagaremos con la misma moneda.

Le dio un beso fugaz en los labios y se alejó.

CAPITULO VII

Las telecomunicaciones con el planeta Tierra estaban momentáneamente cortadas. El gobierno de la Confederación Terrícola se hallaba reunido, tratando de tomar una determinación respecto a la invasión de los witias que ignoraban cómo se había producido.

Abatidos, se decían que los sistemas de detección a distancia habían fallado y que, en consecuencia, el poderío de los witia era muy superior al terrícola.

El genera! Xowen había rechazado varios intentos de diálogo propuestos por e! gobierno terrícola y la amenaza se mantenía latente. Si una nave aparecía en dirección a la Luna, los rehenes serían exterminados de inmediato.

Semejante amenaza contenía mucho. No se podía sacrificar a varios cientos de terrícolas, pues ignoraban que la mitad del personal ya no existía. Los witias, que usaban mucho la astucia, les irían pasando filmaciones de las ya archivadas para que creyeran que seguían todos con vida.

El capitán Caballini, mirando la pantalla gigante de la comandancia y control de la colonia Cero, p\ido ver una formación de puntos luminosos que venían de frente.

— Es la oleada invasora de las naves witias — cuchicheó cerca de él el capitán Donaldson.

— Si pudiéramos impedir que llegaran...

Donaldson le respondió en un susurro, sin volver la cabeza:

— Imposible; ellos tienen el control de la sección de disparo y esa sección no la abandonan en absoluto. Se han dado cuenta muy pronto de su valor.

— ¿Y si alguien tratara de acercarse? — preguntó Caballini.

— Sería un suicidio.

— De todos modos, lo intentaré.

— No, Caballini, no lo hagas.

Caballini no hizo caso y dio un rodeo. Estaban controlando los sistemas de sensores y telecámaras y fue de panel a panel tratando de acercarse a la sección de control de misiles que se hallaba en un ángulo de la amplia sala donde el general Xowen ocupaba la butaca de comandante.

A su lado, como un esclavo presto a servirle, se hallaba el comandante Faber, informándole de cuanto le exigían.

El general Xowen se veía como un gigante dominador a! lado del humillado comandante Faber, que debía haber recibido algunas descargas torturantes a través del collar por la sumisión con que acataba las órdenes y respondía a lo que se le preguntaba.

Cuando ya se acercaba al panel que controlaba toda la fuerza de misiles esparcida por la Luna, uno de los witia se encaró con él y el capitán Caballini cayó al suelo llevándose las manos al cuello.

— ¡¡Agggg!!

Se retorció. Algunos terrícolas trataron de moverse en su ayuda, mas se contuvieron al recibir una leve descarga de aviso mientras el capitán Caballini gemía de dolor.

La teniente Jessica estaba allí manejando el ordenador de absorción de datos. No era su puesto normal, pero se la había dejado vivir posiblemente porque podía pilotar las naves terrícolas que los witias tratarían de usar a su conveniencia en algún momento dado.

La joven volvió la cara para no ver el terrible sufrimiento de Caballini, que al cabo de unos minutos, no pudiendo resistir más, quedó quieto.

Los witias, que entre ellos debían utilizar algún sistema de telecomunicación, pues en ningún momento se les había oído hablar, sacaron el cuerpo del capitán de la sala.

Estuvieron trabajando hasta el agotamiento. Hombres y mujeres torcían sus cabezas, doblegados por el sueño y el cansancio, además de la tensión al verse sometidos a los invasores.

«Atención, atención, os habla el general Xowen. Los' que ahora nombre podrán ir a descansar a sus habitaciones. Dormirán seis horas y regresarán a sus puestos. Los demás, esperarán.»

El comandante Faber tenía dificultades en seguir de pie. Jessica fue una de las afortunadas; su nombre sonó claramente, podía ir a descansar.

En el corredor se encontró con Laya que empujaba una camarera con alimentos. Laya casi tropezó con Jessica y ésta, sin apenas darse cuenta, se encontró con una nota entre los dedos, una nota que apretó con fuerza, una nota que se apresuró a leer:

«TE ESPERA EN LA HABITACION.»

No había nombres ni firmas, nada que pudiera esclarecer el mensaje; sin embargo, Jessica notó una fuerte palpitación en su pecho y aceleró el paso.

Cuando abrió la puerta de su pequeño hábitat, buscó ávidamente con la mirada.

— ¡Jessica!

— ¡Erik!

El abrazo fue súbito, espontáneo entre los dos. Ya no eran el superior y la subordinada, aunque continuaran siéndolo según las ordenanzas; eran simplemente un hombre y Una mujer en una situación desesperada.

Sin buscarlo, sin proponérselo, sus labios se unieron en un beso largo y apasionado mientras se estrechaban fuertemente.

Erik notó que la joven estaba al borde del sollozo a causa de Ia emoción.

— ¿Te han hecho daño?

— A mí, no; pero...

Le tocó el collar esclavizador.

— ¿Te duele?

— Está muy ajustado, pero se puede soportar.

— He traído un retail de vitroplástico flexible.

— ¿Crees que hará algo?

— No lo sé, pero podemos intentarlo.

— Han advertido que si tratamos de quitárnoslo, moriríamos!

Erik tomó la tira de vitroplástico transparente y flexible que había estado recortando y la acercó al cuello de Jessica tratando de introducírsela entre la piel y el collar que tendría unos cuatro

centímetros de ancho.

La muchacha aguantó pese a que la presión era grande en torno a su garganta. El trataba de introducir la tira con el máximo de cuidado y al fin lo consiguió, Después, recortó los sobrantes.

— ¿Cómo te encuentras?

— Con un poco menos de aire, pero si las descargas que torturan los nervios no me llegan, será una suerte.

— Te veo muy fatigada.

— Estoy exhausta, necesitaré dormir.

— Pues, dormirás, pero antes me dirás cómo está todo.

— Mal. Nos tienen esclavizados y ya está en camino una oleada de naves repletas de witias.

— Lo temía.

— Nadie podrá detenerlos. Pronto, ellos ocuparán la Luna en cantidad masiva y esto les servirá para dar el salto a nuestro planeta.

— ¿A qué distancia están?

— Tardarán unas veinte horas en llegar.

— Entonces, hay tiempo.

— ¿Tiempo? Ya estamos perdidos. Si desde la Tierra tratan de hacer algo para evitar la invasión, los witias amenazarán con lanzar contra la Tierra los misiles MHP. Han conseguido vencernos con su invasión sorpresa.

Quién iba a suponer que llegarían camuflados dentro de falsos meteoritos?

— De todos modos, ¿podrás darme las coordenadas, la velocidad y la distancia?

— ¿Para qué?

— No lo sé aún, pero es bueno conocer el desplazamiento del enemigo. ¿Lo harás?

— Lo intentaré. ¿Y luego?

— Está el telecomunicador de órdenes en mensaje cifrado; podrás utilizarlo para enviarme el mensaje.

— ¿Y dónde lo recibirás tú?

— En tu propia nave de combate.

— No podrás llegar a ella; los witias están desparramados por toda la colonia.

— Tú envíame el mensaje cifrado y que quede en la memoria de tu nave, yo ya lo sacaré de ella.

— ¡Te matarán!

— Si me estoy quieto también me matarán. Tú y yo somos milicianos y nuestra obligación es combatir a! enemigo.

— Un enemigo que nos ha vencido.

— Todavía no. Yo, por ejemplo, estoy libre. Ellos creen que todos los terrícolas están controlados por ese maldito aro que os han colocado, pero yo no lo tengo.

— Es cierto. ¿Cómo has conseguido volver?

— Ha sido complicado, no viene al caso explicarlo ahora. Si hace falta, les daremos guerra.

— ¿Crees que lograremos algo?

— Por lo menos, lo intentaremos. Ahora...

— ¿Ahora qué?

— Tienes que descansar.

— ¿Y tú?

— Jessica, eres hermosa. Te recibí como a un miliciano más, pero Lava me abrió los ojos.

— ¿Laya?

— Sí, es una excelente chica. Antes de llegar tú a la Luna, ella y yo

habíamos charlado mucho y al verte llegar a mi flotilla dijo que eras la mujer ideal para mí.

— ¿Y qué le dijiste tú?

— Pues, que te veía como a una miliciana, no como a una mujer.

— ¿Y ahora?

Volvió a besarla. Jessica supo sostener el juego labial y se entregaron a las caricias que fueron en aumento.

Jessica no opuso ninguna resistencia, todo lo contrario, pensó que podían quedarle tan solo horas de vida y deseaba exprimirlas, vivirlas con el máximo de intensidad.

Erik Kensun pensó lo mismo y vivieron minutos de ferviente juego amoroso que nadie estorbó, un juego amoroso que les inundó de placer.

La relación que les unía era ahora mayor y más intensa, una unión que les ayudaría a pelear por la liberación.

La lucha contra los witias tenía que ser feroz, Jessica estaba ya segura de que ayudaría a su jefe y amado en todo lo que Te pidiera; no sería el miedo ni la cobardía quienes la impidieran conseguir lo que Erik Kensun pudiera pedirle.

CAPITULO VIII

El comandante Faber no había sido autorizado a marchar a sus habitaciones para descansar.

El general Xowen, como medida de humillación al vencido, le había obligado a seguir de pie junto a su mesa, sobre la plataforma giratoria, y el comandante Faber había acabado por desplomarse, extenuado.

Nadie pudo moverse en su ayuda y el propio general Xowen prefirió ignorarlo.

Los temibles y bien armados witias parecían insensibles a la fatiga, inagotables en su fortaleza física.

Por otra parte, resultaba difícil saber si descansaban o no porque, salvo el general Xowen, los demás parecían todos iguales. Todos llevaban idéntico uniforme y escondían sus rostros tras la máscara de vidrio de color negro.

No se sabía absolutamente nada de ellos, ni cómo comían, ni si-dormían o siquiera si respiraban el mismo aire, ya que el traje que utilizaran para avanzar por la desolada superficie lunar seguían empleándolo dentro de la colonia, donde la atmósfera y la temperatura eran aptas para vivir sin trajes de protección.

Jessica, que tenía memoria fotográfica, pudo memorizar los datos que Erik Kensun le había pedido.

Se sentía con nuevas fuerzas para luchar, con más ansias de vivir. Pasando por detrás de otros compañeros, logró observar las coordenadas, la velocidad y distancia de las naves enemigas, incluyéndolo con su propia hora a la décima del segundo.

Luego, se dedicó a su trabajo para que el centro funcionara a la perfección según el interés de los witias, pues desde allí se dirigía la invasión para que la llegada a la Luna fuera perfecta.

Envió los datos a la nave de combate por el sistema de tecleado electrónico que ya cifraba el mensaje en forma automática; nada más podía hacer.

Mientras, Erik Kensun evitaba tropezarse con los pesados y fornidos witias y no tardó en darse cuenta de que tenía más y mejor movilidad física que los invasores.

Una de sus ideas era recuperar las armas que habían, sido requisadas a los terrícolas.

Estuvo buscando el almacén armero que posiblemente estaría custodiado por un witia. Debía actuar antes de que se dieran cuenta de que existía un terrícola incontrolado dentro de la colonia.

Fue hacia el hangar y en varias ocasiones estuvo a punto de ser descubierto. No confiaba en las sombras, se colocaba tras objetos sólidos y de espesor considerable para que los witias no le detectaran ni con infrarrojos.

Sin ser visto, logró llegar a la nave de Jessica. Se filtró dentro de ella y en cuclillas por debajo del cristal parabrisas para no ser visto, buscó la cinta de recepción de órdenes.

Se puso un auricular y escuchó por él lo que Jessica había grabado clandestinamente. Pudo oír toda la grabación mientras tomaba los datos ya descifrados.

Con los datos a punto, abrió el sistema de telecomunicación especial que poseían aquellas naves de combate, en línea directa con el computador central de la colonia.

Tecleó las cifras que conocía, y al teclear la última cifra lo hizo con el pulsador rojo.

Pensando que podía ser captada su señal, salió rápidamente de la nave de combate y se alejó del hangar siempre corriendo el riesgo de ser descubierto. Por la escalera descendió cinco plantas y con su tarjeta de comandante introducida en la cerradura electrónica, se franqueó la entrada.

Se encontró dentro de una especie de cilindro muy grande, repleto de cassettes, a los que podía accederse mediante una escalera metálica a la que trepó.

Estuvo buscando entre los cassettes y los cables que intercomunicaban unos con otros. Había recibido la suficiente instrucción como para comprender aquel maremágnum de cassettes.

Buscó hasta hallar el cassette que deseaba y separó los hilos que iban a su interior. Sabía que aquel momento era muy difícil. Cortó dos hilos opuestos y los cruzó; el cerebro electrónico debía hacer el resto.

En la sala de comandancia y control hubo un momento de tensión. Se encendieron unos pilotos rojos y los witias se pusieron alerta, comenzando a escrutar en todas direcciones.

— ¿Qué ha sucedido? — inquirió el general Xowen.

Nadie le respondió. El comandante Faber seguía tendido en el suelo, durmiendo su agotamiento.

El general witia, que había aprendido a manejar bien ¡ su mesa de mando, estuvo escrutando en el teclado y no I tardó en enterarse de que el misil MHP-2 acababa de ser ¡ disparado.

— ¿Quién ha sido? — rugió.

Todos miraron hacia la pantalla, donde se podía ver ; la formación de las naves invasoras que llegaban en oleadas, dispuestas a ocupar por completo la Luna como cabeza de puente para terminar saltando al planeta Tierra.

En un panel gráfico comenzaron a salir los segundos a la inversa.

El computador electrónico debía haber calculado por sí mismo el tiempo de recorrido hasta su objetivo, el objetivo que Erik había conseguido meter primero en su memoria, y luego había efectuado el disparo mediante un cruce de circuitos.

— Veinte, diecinueve...

Fueron bajando los números; había una profunda tensión en la sala de comandancia y control.

Las naves invasoras creían tener el camino libre según el informe del propio general Xowen y cuando captaron la presencia del misil MHP que se les venía encima, debieron dar orden de dispersión de la formación, mas ya era tarde.

— Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero...

Toda la pantalla se iluminó con una luz vivísima, una luz que tardó en dispersarse. Después, sólo polvo cósmico.

— ¡Os desintegraré a todos, terrícolas! —rugía el general witia, fuera de sí.

Entre sus manos, parte de la mesa quedó destrozada; el poder de sus dedos retorcía el acero.

Los witias empujaron a todos los servidores de la sala de control contra una de las paredes, encañonándoles con sus armas.

— ¿Quién lo ha hecho?

El capitán Donaldson se adelantó:

— ¿Has sido tú, terrícola?

— No ha sido ninguno de nosotros. El disparo sólo podía hacerse desde su mesa previo ordenamiento del misil desde aquella mesa de programación de misiles a la que no nos habéis permitido acercarnos

y que vigila uno de los vuestros.

El general Xowen quedó unos instantes en silencio. Estuvo mirando su tablero de mandos en la mesa, buscó el botón de fuego y comprobó que se hallaba bloqueado.

Varios witias salieron corriendo fuera de la sala de control; el general Xowen debía haber dado unas órdenes que los terrícolas no podían captar.

Jessica deseó sollozar de satisfacción; Erik Kensun se había salido con la suya. Aprovechando los datos que ella le había facilitado, había conseguido meterlos dentro del computador central por un medio distinto al usual y el resultado había sido el mismo.

Cuando los witias llegaron al interior de la memoria del computador central, Erik Kensun ya no estaba allí, pero descubrieron el cortocircuito provocado.

Desde detrás de unos depósitos, Erik les observó. El mismo ignoraba si había tenido éxito o no. El misil tenía su emplazamiento muy alejado de la propia colonia y no tenía medios para comprobar si había salido en busca de las naves invasoras o no, mas la presencia de los witias le hacía pensar que había habido suerte en su manipulación clandestina.

«¡Atención, atención! —pudo escucharse con claridad la voz grave del general Xowen —. Me dirijo al terrícola que ha disparado el misil MHP. Atención, terrícola: estoy seguro de que me escuchas. Sabemos que no estás controlado y que han desaparecido algunos de mis guerreros. Entrégate al primer witia que veas, entrégate, es una orden.»

La caza del hombre había comenzado. Le buscarían por todos los rincones de la colonia y tendría que defenderse hasta la muerte, pues sólo la muerte era lo que iban a darle.

Se alejó de aquel lugar deslizándose entre paredes y maquinarias. Corrió a lo largo de un pasillo cuando le salieron de frente dos witias armados.

No dudó un instante en disparar su pistola contra ellos antes de que pudieran hacerlo a la inversa.

Los Witias se incendiaron y luego se desmoronaron convertidos en cenizas y goterones de metal fundido, no había nada más de ellos.

Erik, saltando por encima de aquellos restos irreconocibles que en nada recordaban una presencia humana, prosiguió su huida en busca de un refugio.

Consiguió llegar hasta las dependencias interiores del club, es decir, donde estaba la pequeña cocina para aperitivos. Laya, al verle, le miró muy asustada.

— ¡Te están buscando!

— Lo sé. Aquí detrás de la cocina, descansaré un poco; de nada serviría seguir corriendo. ¡Ah!, quiero algo de comer, estoy hambriento y sediento.

— ¡Estás loco, te van a matar!

— Es lo más seguro, pero antes les haré todo el daño que pueda. ¿Sabes si ha tenido éxito el misil MHP?

— Pues, no sé, aquí no me entero de nada y corno no nos dan comunicado de ninguna clase...

— Me muero de ganas de saber si ha tenido éxito. Anda, dame de comer.

Laya le preparó unos pedazos de carne fritos con paprika que Erik devoró con avidez. Estaba comiendo y bebiendo cuando entraron cuatro witias en la cocina del club donde Laya se encontraba a solas con Erik. Se fijaron en ella y uno de los witias preguntó

— Terrícola, ¿le has visto?

— ¿A quién?

Ellos no respondieron. Dieron una vuelta por la cocina, abrieron la compuerta del frigorífico y tras comprobar que allí dentro no había más que alimentos, se marcharon.

Laya, asustada, miró en todos los pequeños armarios y llamó:

— ¡Erik, Erik, ¿dónde estás?!

— Debajo de la fregadera, tendrás que ayudarme a salir.

Erik estaba materialmente encajado bajo las fregaderas y cuando hubo salido, se lamentó:

— No le dejan a uno ni comer tranquilo.

— Es inaudita la sangre fría que tienes...

— Soy un piloto de combate, preciosa; he sido preparado especialmente para afrontar el peligro, no para dar la vuelta y asustarme.

— Te están buscando por todas partes.

Sin dejar de mascar, Erik replicó:

— Ya se cansarán.

— No lo creo. Más que seres como nosotros, parecen robots.

— No creo que sean robots, actúan con demasiada autonomía. Lo que ocurre es que esos trajes que llevan les dan aspecto de robots.

«Atención, terrícola, atención. Sabemos que eres el capitán Erik Kensun de las fuerzas espaciales terrícolas que has regresado a la colonia después de haberte marchado de ella. Averiguaremos cómo lo has hecho, pero ahora debes entregarte o, como represalia, iremos exterminando a tus hermanos de especie, uno por uno, y tú serás el responsable de sus muertes.»

La amenaza estaba lanzada y el miedo debería inundar los cuerpos de algunos terrícolas que no deseaban morir.

Todos sabían que Erik Kensun era un luchador nato, por ello era el comandante de la flotilla de combate y no se entregaría, pasara lo que pasase. Lucharía ferozmente contra el enemigo, va que tenia la situación privilegiada de carecer de collar esclavizador.

El general Xowen, colérico por la desintegración de la flota espacial witia, cogida desprevenida por el misil MHP, quería la captura de Erik a cualquier precio.

La flota' witia podía haberse salvado de no viajar en completa formación, pero ésta había sido sugerida por el propio Xowen, que se enorgullecía de tener la situación perfectamente controlada en la Luna.

Había sido un error por su parte y lo había pagado caro; sin embargo, la colonia seguía en su poder y el planeta Tierra, al alcance de los misiles, incluso del misil MHP que faltaba por disparar, ya que

sólo uno había sido disparado.

CAPITULO IX

Se había creado una fuerte tensión dentro de ¡a colonia Cero.

Los witias no expresaban nada porque nada podían expresar aquellos cristales que debían ocultar sus rostros, ya que eran impenetrables a los ojos de los terrícolas, pero los invasores se habían distribuido de tal forma que no perdían de vista a ninguno de los que ya consideraban sus esclavos terrícolas.

Estaban con las armas siempre a punto, a pesar de que su fuerza física parecía muy superior a la de los terrícolas. Los invadidos sentían satisfacción por la destrucción de las naves witias y temor al mismo tiempo, ya que habían oído claramente la amenaza lanzada por el general Xowen gracias al sistema de megafonía.

Si el capitán Kensun no se entregaba, iría matando uno a uno a sus prisioneros y la tensión aumentaba a medida que transcurrían los minutos, pues todos temían ser el primer elegido para el exterminio.

De pronto, la voz de Kensun brotó como un torrente de agua dispuesto a inundarlo todo. Se hizo un profundo silencio para oír la voz de! único terrícola no controlado dentro de la colonia.

«Atención, atención, habla el capitán Kensun de la flotilla de combate de la Confederación Terrícola y me dirijo al general Xowen de las fuerzas invasoras witia. Hablaré poco, pero voy a ser explícito: Por cada terrícola que sea exterminado, morirán cinco witias. Al segundo terrícola muerto caerán diez witias y al tercer terrícola asesinado, haré desaparecer toda la colonia Cero con los que estamos dentro, terrícolas y witias, incluido yo mismo. Este sacrificio total quedará compensado por la desaparición de todas las fuerzas invasoras. Fin del comunicado.»

Y se produjo el silencio.

El general Xowen descargó sus puños que parecían metálicos sobre la mesa de comandancia general de la colonia. Todos los sensores

temblaron y algunos llegaron a chisporrotear ante su ira. No podía comprender cómo un solo terrícola incontrolado podía frustrar sus planes de invasión.

El comandante Faber se puso en pie trabajosamente.

— ¡Hay que encontrar a ese terrícola llamado capitán Kensun! —gritó el general Xowen.

Alargó su mano para coger al comandante Faber, que tenía los ojos extraviados por el agotamiento. No había comido ni bebido desde que se iniciara su cautiverio.

— ¿Lo ha oído, comandante Faber?

— No entiendo...

— Quiero que elija a cinco subordinados suyos para que busquen al capitán Kensun. Les daré cinco horas para encontrarlo y si al término de ese plazo no lo han localizado, comenzaré a ejecutarlos, a usted el primero. ¿Lo ha comprendido?

— Sí, sí, creo que sí.

— Pues, rápidamente designe a cinco de sus servidores para que busquen al capitán Kensun. Irán escoltados por mis guerreros. Ustedes conocen mejor todos los recovecos de esta colonia; habrá agujeros que a nosotros se nos han pasado por alto. Si no lo encuentran en ese plazo, lo van a lamentar.

— Teniente Jessica, capitán Donaldson. . — fue nombrando y así, hasta cinco.

Todos miraron reprobadoramente al comandante Faber que se prestaba a ayudar a los invasores. No había tenido la entereza ni la arrogancia de enfrentarse al invasor y decirle a la cara que no contara con él para nada.

El comandante Faber estaba derrotado, eso se veía a simple vista. Su cerviz doblada, sus hombros caídos, sus rodillas encorvadas...

Los cinco escogidos fueron separados rápidamente y cada uno de ellos recibió la escolta de dos witias.

— Cada uno que busque por un lugar distinto — ordenó el general Xowen.

Ni el capitán Donaldson, Jessica ni los otros pudieron comunicarse entre sí; estaban rodeados de invasores, no podían pasarse ninguna contraseña.

Todos estaban contentos por la aparición en la colonia del capitán Kensun al que creían desaparecido y que había logrado aniquilar a la oleada de naves invasoras antes de que hubieran conseguido llegar a la Luna.

Lo malo era que la colonia continuaba invadida, pero la presencia del capitán Kensun, en completa libertad dentro de la colonia, significaba una esperanza, casi un sueño de esperanza, porque era un terrícola solo contra casi dos millares de witias fuertemente armados.

No se podía olvidar, sin embargo, que había conseguido encolerizar al general Xowen, especialmente con la desintegración de las naves cargadas de witias y después, con la réplica a través del sistema megafónico que Erik había utilizado desde algún punto escondido de la propia colonia, ya que estaba demostrando conocer bien todos sus circuitos y recovecos.

¿Esperarían los witia nuevas oleadas de naves cargadas de invasores o se habría conjurado esta posibilidad?

Jessica anduvo delante de los witia que la escoltaban.

Comenzó a introducirse en estancias y a dar la impresión de que buscaba afanosamente dentro de ellas.

En realidad, ardía en deseos de encontrar a Erik para decirle que el lanzamiento del misil MHP había sido un completo éxito.

Con aquel disparo había evitado lo que podía ser el final de la civilización terrícola si los witia hubieran conseguido llegar a la Luna con todas sus naves de combate.

Los witia, que ocupaban la colonia Cero, no poseían naves. Habían llegado camuflados dentro de los falsos meteoritos y las únicas naves de que disponían eran las de los propios terrícolas. Debían estar esperando nuevas naves, de lo contrario su situación se haría difícil.

Jessica ignoraba dónde podía ocultarse Erik y aunque lo supiera, no lo habría dicho, como era lógico.

Erik Kensun había tomado la precaución de no comunicar a nadie sus movimientos, de esta forma se sentía más libre para moverse y

actuar como saboteador dentro de la colonia Cero.

Los cinco grupos de tres, formados todos ellos por un terrícola y dos witias, no cesaron de deambular de un lado a otro, abriendo y cerrando puertas, subiendo y bajando por los ascensores, recorriendo corredores largos e inmensos, introduciéndose por los almacenes donde tantas y tantas cajas se acumulaban ordenadamente.

Los witia tenían una ventaja: mientras iban tras el terrícola que les servía de guía, utilizaban infrarrojos con los que podía ser más fácil descubrir al fugitivo.

Cuando se acercaron al hangar de las naves de combate, Jessica tuvo la impresión, quizá lo captó telepáticamente, de que Erik se' encontraba allí.

Decidió dar la vuelta, pero al hacerlo, sintió un ligero, casi imperceptible cosquilleo en su cuello, un cosquilleo que no la dañaba, por lo que dedujo que le estaban enviando una descarga de tortura.

Gracias al vitroplástico flexible que le había proporcionado Erik, la descarga torturante no llegaba a sus nervios. Notaba que se la enviaban, pero la franja que le rodeaba el cuello, oprimiéndoselo más si cabe, constituía un excelente escudo. Resolvió fingir que Ia dañaba un poco. Después, siguió caminando hacia su nave y al pasar junto a la portezuela, gritó:

— ¡ ¡Elimínalos!!

Los witia no tuvieron tiempo de reaccionar.

Erik Kensun asomó por la portezuela de la nave y disparó su pistola contra los witia que se pusieron incandescentes y se desmoronaron, convirtiéndose en un montón de cenizas irreconocibles.

— ¡Erik, Erik!

— Vámonos de aquí, nos buscarán en este lugar — le dijo Erik, conduciéndola hacia una puerta medio escondida que llevaba a un túnel ignorado por Jessica, que en realidad era nueva en la colonia.

Ya a oscuras, creyéndose a salvo, se abrazaron.

— ¡Erik, Erik!, ¡qué miedo he pasado!

— Estás libre, pero ahora te buscarán.

— No me importa. Esa tira de vitroplástico que me pusiste en el cuello me libra de la esclavitud por el momento. Si consiguiéramos que todos se la pusieran...

— ¿No has notado nada en el cuello?

— Sólo un cosquilleo. En cambio, sin la protección, pueden matarnos en medio de la tortura.

— Entonces, prepararemos cintas como la tuya para todos.

— ¿Habrá material suficiente?

— Sí.

— ¿Y cómo lo distribuiremos sin que se den cuenta los witia?

— No lo sé, va buscaremos la fórmula.

— Erik, Erik, no conseguiremos librarnos de ellos; estamos desarmados.

— No lo creas, he estado acumulando armas en un lugar oculto. Las repartiremos para que puedan ser tomadas por el personal de la colonia en cuanto se vean libres de la esclavitud que ese collar representa. Así podrán hacer frente a los witia. Es posible que cuando llegue ese momento, si es que lo conseguimos, se organice una verdadera batalla dentro de la colonia, una batalla a muerte en la que venceremos unos u otros, pero será a muerte, evidentemente.

— Son más que nosotros — advirtió la muchacha.

— Lo sé, aunque son de movimientos más torpes y pesados. Tendremos que luchar con fiereza por nuestra supervivencia.

— Lucharemos, Erik, lucharemos. Tú nos has marcado el camino cuando todo parecía perdido. Tu lanzamiento del misil MHP ha sido un rotundo éxito.

— ¿De veras?

— ¿No lo sabías?

— Lo suponía, pero me faltaba la confirmación.

— Has destruido toda la Ilota espacial de invasión witia.

— Menos mal — suspiró —. Esos misiles MHP son terribles. Bastaría que estallara el que queda para que la Luna se desgajara y no quedara nadie vivo. Se convertiría en un montón de meteoritos en torno al planeta' Tierra.

— No la destruirás, ¿verdad?

— No mientras pueda, pero aunque sea un problema grave quedarse sin la Luna porque ello causaría catástrofes en la Tierra, mares y océanos cambiarían de nivel y se producirían incluso terremotos, también nos libraríamos de los witia.

Ella le contempló con admiración.

— Hagas lo que hagas, seguro que estará bien, porque tu objetivo es librar a nuestra civilización de los invasores.

— Los witia son nuestro primer y más importante objetivo, ya nos han demostrado lo peligrosos que son. Nos han derrotado en varias ocasiones, por ello piensan que pueden invadir el planeta Tierra con facilidad. Si llegaran a conseguirlo, sería nuestro fin. Si en la lucha caemos cinco, diez, cien, mil, diez mil, ¿qué importa si al final vencemos? El sacrificio de los caídos no habrá sido estéril. ¿De qué serviría ahora salvar edificios, material, naves, vidas incluso, si después íbamos a sucumbir todos ante los invasores? Hay que jugar fuerte a la última carta si se nos obliga a ello.

— Déjame estar contigo, Erik, lucharemos juntos.

— Naturalmente. ¿Por qué crees que he eliminado a aquellos dos?

— Erik, Erik...

— Aquí estaremos seguros durante unas horas; ahora comenzarán a buscarnos otra vez. Tú y yo, si te parece bien, podemos aprovechar el tiempo mientras.

— ¿Cómo?

Acercó sus labios a los de la mujer y la mordisqueó ligeramente.

— Jugando a ser amantes.

— De acuerdo, guerrillero del espacio.

El beso se hizo más largo y profundo mientras los witia iban de un lado a otro de la colonia, buscándoles ansiosamente.

CAPITULO X

«Atención, atención, gobierno de la Confederación Terrícola: habla el general Xowen de las fuerzas espaciales witia. ¿Me escuchan?»

La voz del general Xowen no sólo había salido por los altavoces de la colonia sino que había cruzado el espacio en dirección al planeta Tierra, donde se vivían momentos de angustia a la espera de los sucesos ocurridos en la Luna.

Las reuniones habían sido continuas, tratando de hallar una solución al problema.

No se habían atrevido a enviar naves tras la amenaza de los invasores que habían exterminado las subcolonias y ocupado la colonia Cero, centro neurálgico y motor de las colonias terrícolas en la Luna.

Desde la colonia Cero se disparaban los misiles MHP y, lo que era más de temer, es que podían enviar esos misiles contra el propio planeta Tierra y nada podrían hacer para impedirlo; tenían que limitarse a esperar acontecimientos.

Telescopios y radiotelescopios trabajaban al máximo, lo mismo que los satélites artificiales automáticos y las grandes estaciones orbitales tripuladas. Todo estaba en función de proporcionar datos al gobierno de la Confederación Terrícola, especialmente a sus cerebros militares.

No se les había escapado la sorprendente destrucción de las naves witia, naves que habían sido detectadas y que no sabían cómo frenarlas o hacerlas retroceder. De pronto, habían visto el misil MHP surgiendo desde su emplazamiento de la Luna en dirección a las naves witia para destruirlas.

Nadie se explicaba lo ocurrido, por lo que comenzó a tomar cuerpo entre los altos estamentos del gobierno la idea de que en la colonia Cero había resistencia; los invasores no tenían todo el control como pretendían.

Tras unos segundos que se hicieron eternos, se escuchó la voz. dé

Philip Auer, presidente del gobierno.

«Aquí la Tierra, habla el presidente del gobierno confederal. Hemos escuchado su llamada, general Xowen, y le invitamos a que deje en libertad a todos los prisioneros.»

«Jamás, antes barreré la Luna y también el planeta Tierra. Puedo hacerlo; tengo bajo mi control un misil MHP construido por ustedes mismos y con el que puedo arrasar su planeta.»

Hubo una larga pausa; era como si al presidente del gobierno confederal le costara tragar saliva. Sabía que lo que decía el general Xowen era cierto, pero tampoco podía admitirlo abiertamente; era como declararse vencido ante el enemigo invasor.

«General Xowen, aquí en la Tierra también tenemos misiles MHP y no sólo uno sino un buen número de ellos. Asimismo, poseemos misiles automáticos antimisiles, de modo que el MHP no llegaría a la Tierra, sería destruido antes, quizás a mitad de camino entre la Luna y la Tierra.»

El general Xowen no se dejó vencer por el tono fuerte del presidente del gobierno confederal.

«Estoy enterado de que los misiles MHP no pueden ser detenidos por antimisiles. Si ello fuera posible, las naves witia lo habrían destruido. No sé qué medios ni qué artilugios se utilizan para desviar los antimisiles, pero sé que los tienen.»

«Si no me cree, general Xowen, dispare contra nosotros el misil MHP y así se quedará sin armas poderosas, porque sabemos que no tiene naves en la Luna. Su situación es crítica y no controla la colonia como pretende; hay resistencia, ésa es la explicación de que sus naves hayan sido destruidas.»

El general Xowen no se anduvo con rodeos y admitió:

«Es cierto, existe un incontrolado que huyó con su nave y al parecer regresó a la colonia por algún conducto que ignoramos. Se trata del capitán Erik Kensun. Conocemos todos sus datos y se le está buscando activamente por la colonia. No puede salir de ella, lo tenemos controlado y cuando se le encuentre, será ejecutado.»

Cada vez que correspondía hablar al gobierno terrícola, se producía la larga y tensa pausa.

«Conocemos bien al capitán Kensun, es uno de nuestros mejores hombres y no se rendirá jamás. Ha sido preparado para defender nuestra civilización y posee las más altas virtudes para cumplir su cometido como está demostrando.»

«Estoy convencido de que es un elemento peligroso y a la vez disciplinado, ¿no es así? — Aguardó, mas no hubo respuesta. El general Xowen prosiguió —. Les estoy enviando no sólo sonido, también imagen. Pueden ver al comandante Faber, fíjense, fíjense en él. Es un hombre hundido, derrotado. Vean, vean lo que le sucede...»

En las pantallas de control en el planeta Tierra tenían bien encuadrado al comandante Faber, que se llevó las manos al cuello, rodeado por el aro metálico que le oprimía.

El comandante Faber comenzó a retroceder y fue de un lado a otro en una patética danza. Se doblaron sus rodillas y cayó dando sacudidas espasmódicas de brazos y piernas. Era evidente que no controlaba su cuerpo.

Se retorció por el suelo de una forma que daba lástima hasta que lanzó un largo grito de agonía y quedó, quieto. De nuevo apareció la imagen del general Xowen, una imagen impenetrable.

«El comandante Faber ha dejado de existir; ahora desintegraremos sus restos para que no molesten. Dentro de una hora, si usted no ordena al capitán Kensun que se rinda, otro seguirá al comandante Faber y así hasta cinco más. Pasadas estas cinco horas con las muertes de otros tantos terrícolas, de las cuales sólo ustedes serán culpables, haré el lanzamiento del misil MHP contra la Tierra y ya veremos si me demuestran que pueden detener ese artefacto destructor fabricado por ustedes mismos. Sólo les queda la solución de ordenar al capitán Kensun que se entregue a mis guerreros.»

Se esperaba la respuesta de Philip Auer cuando la voz que apareció en megafonía y pasó a la línea de enlaces Luna-Tierra fue la del mismísimo Erik Kensun.

«Soy Kensun. Aquí en la Luna resistiremos hasta el final al precio que sea; es nuestra única posibilidad de...»

La comunicación fue cortada bruscamente por el general Xowen, que se veía incapaz de aniquilar a aquel terrícola que le había quedado sin sujetar dentro de la colonia que creía conquistada.

Empezaba a comprender el daño y la resistencia que podía ofrecer

un simple terrícola con ganas de pelea dentro de una colonia tan grande, tan llena de plantas y túneles. Era algo con lo que no había contado.

Sus guerreros obedecían todos a una; bastaba una orden y nadie, absolutamente nadie, obraba por su cuenta. Sin embargo, los terrícolas sí lo hacían y eso le desconcertaba.

Erik Kensun no operaba al frente de un ejército, de una compañía, de una sección ni siquiera de un pelotón; actuaba solo, como un guerrillero infiltrado en los dominios del enemigo.

Todos los witia se movilizaron para buscar a! capitán Kensun y también a Jessica, de la que no se había hablado para no dar la sensación al gobierno de la Confederación Terrícola de que tenían más de un enemigo incontrolado.

Los witia buscaban en todas direcciones, las puertas se abrían y cerraban y se escrutaban los interiores de armarios y cajas de forma sistemática, no se dejaba nada por escrutar, sólo que la pareja, en aquellos instantes, pasaba con suma facilidad de una planta a otra de la colonia, sentados sobre la cabina de uno de los ascensores utilizados por los witia, que no llegarían a sospechar que tenían a los fugitivos encima de sus cabezas.

Erik y Jessica dejaban pasar un poco de tiempo, buscando la oportunidad para salir.

La sensación de miedo comenzó a desaparecer entre los prisioneros terrícolas; parecía como si su temor se hubiera esfumado con la muerte del comandante Faber.

La resistencia y actuación del capitán Kensun les había infundido confianza y deseos de luchar, sus palabras les habían dado una moral nueva.

Los witia, que actuaban con una astucia de grupo, no comprendían bien aquella situación. Para ellos, un solo ser no era nada y un terrícola se estaba encargando de demostrarles todo lo contrario.

El general Xowen confiaba en que más tarde o más temprano, y pensando siempre en un plazo de pocas horas, Kensun y Jessica serían descubiertos y aniquilados por sus guerreros..

Si era preciso, encerraría a todos los terrícolas en un almacén o hangar, de esta forma no habría confusión posible al tropezarse con

Erik Kensun.

CAPITULO XI

Todos los terrícolas de la colonia Cero, a excepción de los incontrolados Erik y Jessica, fueron conducidos a uno de los hangares. Allí, les fueron cerradas las puertas, aunque podían controlarlos por televisión gracias a las telecámaras distribuidas estratégicamente en la nave.

Se les había recluido allí para no tener problemas de confusión y para que los buscados no recibieran ayuda alguna.

Los witia se estaban dedicando a buscar a los fugitivos meticulosamente, planta por planta, no había lugar que quedara sin observar.

El general Xowen había trazado un plan de rastreo tras conseguir de la computadora central todos los planos de la colonia, planos que estudió al ir apareciendo en la gran pantalla de la sala de comandancia y control desde donde dirigía la operación de búsqueda y captura de los dos terrícolas que se habían constituido en su pesadilla.

Mientras se ocupaba de este problema, contenía toda posible acción bélica por parte de las fuerzas espaciales terrícolas y daba tiempo a que se preparase una nueva oleada de naves witias, aunque él sabía que el grueso de sus naves había sido ya aniquilado, lo que representaba un durísimo golpe del que sería muy difícil que se repusieran.

Pero no había que dar esa impresión a los terrícolas, que podrían crecerse y pasar al ataque, aunque se perdiesen las vidas de los prisioneros en la Luna.

— ¡Nower, Nower...!

El joven cosmonauta de combate miró a un lado y a otro, desconcertado. Se hallaba recluido en el hangar como todos los demás. Había cuchicheos, comentarios en voz baja sobre lo que cada

cual opinaba acerca de la situación en que vivían, especialmente después del asesinato con tortura del comandante Faber.

— ¡Nower, Nower...!

Volvió a mirar en derredor, inquieto. Los focos estaban sujetos en el techo muy alto para permitir el desplazamiento de naves especiales por el interior del hangar y no había exceso de luz precisamente.

Se fue acercando a la pared y allí descubrió una rejilla circular que cubría uno de los grandes tubos de aspiración de aire que servía para despresurizar el hangar antes de que una nave se dispusiera a entrar o salir de la colonia. No se podía perder la atmósfera artificial que tanto costaba obtener en un ambiente tan hostil como era la superficie de la Luna.

— ¡Nower...!

— Jessica, ¿eres tú?

— Sí, estoy detrás de la rejilla.

Nower se sentó disimuladamente junto a la rejilla por si le observaban a través de las telecámaras.

— ¿Estás bien, Jessica?

— Sí.

— ¿Y el capitán?

— Perfectamente, pero él no cabía por este tubo. Yo misma me siento como un reptil; espero poder retroceder luego lentamente.

— ¡Cuidado, no vayas a quedarte trabada en medio de la tubería!

— Procuraré no quedarme como un tapón en medio del tubo; me moveré como si fuera un reptil y mi cuerpo, en vez de huesos, tuviera anillos. La anchura de hombros de Erik no le ha permitido introducirse por este tubo.

— Una pena; hubiéramos podido iniciar una fuga total por ese reducto, aunque no sé de qué nos serviría llevando este maldito collar.

— De eso quería hablarte.

— ¿Te lo ha quitado el capitán? — preguntó Nower, muy interesado.

— No, pero como sí lo hubiera quitado. Hemos estado recortando unas tiras de vitroplástico flexible; se colocan entre el cuello y el aro e impiden el paso de las descargas eléctricas; anulan el poder de los witia.

— ¡Eso es fantástico!

— Erik está preparando todas las tiras. Yo volveré junto a él, las recogeré y las empujaré hacia aquí. Tú tendrás que arreglártelas para quitar disimuladamente la rejilla. Avisa a todos para que cuando tengan las tiras a su alcance se las coloquen y ya no serán torturados. Que los witia no se den cuenta, hay que hacerles creer que por el momento siguen manteniendo su poder sobre nosotros.

— ¿ El capitán ha pensado algo más?

— Sí, estamos acumulando armas para todos. Comunica a los demás lo que te digo y, sobre todo, que los witia no sospechen; de lo contrario estaremos perdidos.

— De acuerdo. Date prisa, Jessica, porque si conectan las bombas de aspiración de Ia atmósfera lo vas a pasar muy mal dentro de ese tubo.

— Lo imagino; confiemos que no se !es ocurra hacer esa conexión. Ahora, hasta dentro de una hora aproximadamente. Pasa la noticia con mucho cuidado; si nos descubren no tendremos escapatoria.

Nower escuchó un tenue roce. Jessica estaba retrocediendo dentro del tubo que conducía a- los tanques de aspiración, sólo que en alguna parte había una compuerta intermedia para control y limpieza y por ella se había introducido la muchacha, deslizándose luego hasta el hangar.

El sistema de tubos era complicadísimo y había una serie de compuertas que se cerraban electromagnéticamente. Era como una red de alcantarillado pero sólo para el paso del aire.

Según los lugares donde se deseaba aspirar el aire, los tubos eran más pequeños o más grandes en su diámetro. El del hangar era del tipo mayor.

Nower se separó de la rejilla y acercándose a sus compañeros más

cercanos les dijo:

— Escuchadme, me he puesto en contacto con Jessica y el capitán Kensun.

De inmediato, acaparó la atención de todos.

— ¡Disimulad, disimulad, si nos descubren estamos perdidos! Dentro de poco, si seguimos las instrucciones del capitán Kensun, nos veremos libres del poder torturador de esos collares que nos han puesto. Unos cuantos nos tenemos que sentar cerca de la rejilla de la tobera de aspiración de atmósfera; yo, detrás de vosotros, quitaré la rejilla con un destornillador. Más tarde tendremos armas también.

Todos comprendieron que terminarían entablando una batalla a muerte contra los witia dentro de la colonia y no hubo miedo en los rostros de los prisioneros.

Sabían ya lo que les aguardaba como prisioneros de los witia; sabían la cantidad de compañeros que habían sido asesinados y que ellos, posiblemente, seguirían sus pasos si no se rebelaban.

El general Xowen los estaba utilizando como rehenes para impedir que el ejército espacial terrícola atacara a los invasores witia. Tenían que sublevarse y no dejar que se les utilizara como a tales rehenes.

Todos estaban dispuestos a luchar hasta la muerte, por ello comenzaron a moverse.

Nower aflojó los tornillos de la rejilla mientras Kioho y Tamata, un japonés y una negra joven, delgada y pequeña, se ofrecían:

— Nosotros podemos ir por el tubo para ayudarles.

Nower quedó pensativo y asintió con la cabeza.

— De acuerdo. El agujero es estrecho, pero vosotros pasaréis por él.

El tiempo pasaba y todos comenzaban a mostrar inquietud. Al fin, se oyó la voz de Jessica:

— ¡Nower, Nower...!

— Te escucho.

— Delante de mí estoy empujando una saca que está llena de tiras que han de anular los collares.

— Ahora mismo abro la rejilla.

Nower, protegido por la muralla de cuerpos de casi una veintena de terrícolas, quitó la rejilla y cogió la saca. Extrajo inmediatamente dos de las tiras que entregó a Kioho y Tamata.

— Te vas a ir con compañía.

— ¿Cómo? — preguntó Jessica.

— Sí, Kioho y Tamata, que son pequeños y delgados, te acompañarán.

Jessica dudó, Erik no sabía nada; al fin, aceptó.

— De acuerdo. Luego, coloca de nuevo los tornillos en Ía rejilla. Erik dará la orden de combate conectando la alerta roja. ¿Comprendes?

— Sí, pero ¿cómo nos podremos batir contra los witia?

— Con las armas que iremos dejando en los interiores de los cuartos de los retretes, que, por lo visto, los witia no utilizan. Cuando se conecte la alerta roja, todos debéis ir a los retretes; en la mayoría de ellos encontraréis armas.

— ¿Los witia son vulnerables a nuestras armas? — preguntó Nower.

— Sí. El capitán ya ha exterminado a varios witias con su pistola. Se desintegran por completo y casi no dejan rastro.

— De acuerdo, estaremos a la espera de la alerta roja.

Jessica comenzó a retroceder mientras Tamata se introducía en el tubo y se deslizaba por él.

Kioho, el pequeño japonés, la siguió y luego Nower colocó nuevamente la rejilla atornillándola. Después, se apartaron de aquel lugar para que si eran controlados por las telecámaras no les pareciera sospechosa su actitud.

A oscuras, reptando hacia atrás, procurando no pensar que podía quedar trabada dentro de los tubos sin poder moverse o que en cualquier momento los witia podían poner en marcha las poderosas bombas de aspiración, Jessica siguió retrocediendo a base de fuerza de antebrazos, rodillas y cintura. Los planos inclinados hacia arriba

eran los más difíciles.

Tamata y Kioho la seguían de cerca; no podía verlos pero oía su respiración.

— ¿Estás bien? — preguntó Jessica en voz baja.

— Sí — asintió Tamata, muy cerca de ella.

— ¿Y Kioho?

— Supongo que bien. De cuando en cuando me coge de los pies para asegurarse de que no se ha perdido.

Cansados, ligeramente empapados de sudor, llegaron junto a los tanques de absorción de atmósfera. Una compuerta lateral estaba abierta y junto a ella aguardaba' Erik Kensun.

Jessica sacó en primer lugar las piernas por la estrecha compuerta; era como si fuera el fruto de un parto, como si estuviera siendo alumbrada de nuevo.

Erik la cogió por las piernas y la ayudó a salir, lo que no era fácil; las caderas pasaban muy justo por la compuerta. La sujetó por las caderas y se permitió bromear con ella acariciándola a placer, ya que Jessica no podía escapar de aquella situación y sus manos continuaban dentro de los grandes caños de acero.

Al fin, la joven logró salir de la tubería y Erik la atrajo hacia sí, besándola cuando ella iba a protestar. La caricia labial conjuró la protesta y aún seguían besándose cuando por la boca de la compuerta apareció el rostro de Tamata que se había estado deslizando en postura inversa a la de Jessica, que adentro de la tubería no podía dar. Ia vuelta sobre sí misma.

— ¡Eh, pareja!

— Vaya, creced y multiplicaos — rezongó Erik, irónico.

— Son Tamata y Kioho que me han seguido.

— Está bien, de este modo trabajaremos mejor. ¿Se han colocado los anticollares?

— Sí —dijo Tamata, retorciéndose para salir por la compuerta.

La atractiva negrita salió sin complicaciones; era más baja y

delgada que Jessica, aunque también tenía las caderas bien marcadas, con unas nalgas redonditas que encandilaban las miradas masculinas.

Cuando Kioho asomaba su cabeza de piel amarillenta, se pusieron en marcha las bombas de aspiración que debían engullir el aire en algún lugar de la colonia para encerrarlo dentro de los tanques, en los cuales la presión llegaba a más de veinte atmósferas.

— i ¡Agggg!!

Ante el grito de Kioho y el ruido de los motores, Erik Kensun se lanzó contra la compuerta abierta. Agarró a Kioho por la cabeza, casi tuvo que sujetarle las orejas, y luego por el cuello. Sentía que la potentísima fuerza aspiradora succionaba el cuerpo de Kioho, trataba de engullirlo para introducirlo en los tanques donde quedaría comprimido y hallaría la muerte con los pulmones aplastados y las costillas hundidas, incapaz su diafragma de hacer el esfuerzo suficiente para hinchar los pulmones.

Erik tuvo que luchar contra aquella fuerza de la técnica que producía un ruido diabólico. Y logró vencer a la máquina disputándole a Kioho, al cual consiguió sacar del grueso conducto al tiempo que Jessica cerraba la compuerta y hacía girar la rueda de cierre hermético.

Notaron que en el lugar donde estaban habría descendido la presión; incluso, Tamata tuvo un principio de hemorragia nasal.

— ¡Hay que salir de aquí! — apremió Erik.

— Menos mal que no se han puesto en marcha las bombas cuando estábamos dentro — suspiró Jessica.

— ¿Estarán succionando el aire del hangar? — preguntó Tamata, asustada.

— No creo — opinó Erik—. Hay un sistema automático de compuertas que se cierran y se abren. Posiblemente estén succionando el aire de alguna cámara en la que puedan pensar que estamos escondidos; es una forma de acabar con nosotros en aquellos lugares donde sospechen que podamos estar. En adelante, deberemos tener en cuenta esta posibilidad.

Erik abrió Ia puerta hermética que aislaba aquella estancia de la sala de maquinaria, que vibraba al compás de los ruidos de los potentísimos motores alimentados por la pila atómica gigante,

instalada en lo más hondo del subsuelo de la colonia Cero para prevenir cualquier fuga radiactiva.

Al abrir la puerta, se niveló la atmósfera rápidamente; sólo una leve corriente de aire desde el pasillo hacia la nave y luego, la normalidad.

Tamata dejó de sentir molestias en su nariz, que no sangró más.

Acababan de doblar por un corredor cuando les salieron de frente tres invasores witia. Erik Kensun, que portaba su pistola en la mano, no se entretuvo ni un segundo-en disparar. Debía evitar que ellos tuvieran tiempo, no sólo de emplear sus armas sino de avisar a sus compañeros, por eso quedaron inflamados de súbito y se desmoronaron después, como fundidos.

Erik quedó un momento quieto y observó:

— Mis disparos no son tan efectivos como para que desaparezcan como Io hacen. Se diría que al ser tocados, algún resorte dentro de sus trajes se pone en funcionamiento para que no quede ni rastro de ellos.

— Quizá es que no quieren que sus restos físicos caigan en nuestras manos — observó Jessica.

Por su- parte, Kioho opinó:

— Eso será por algún motivo que desconocemos pero que a ellos debe importarles mucho.

— Está bien. Vamos, no perdamos tiempo — pidió Erik haciéndose seguir por sus compañeros.

Ya no estaba solo; ahora, varios brazos podrían ayudarle; lo que cabía de inmediato era armarlos por si se volvían a tropezar con más witias.

Las cuatro figuras terrícolas se alejaron corriendo mientras los witia iban estrechando su cerco. La muerte de los tres guerreros witia había sido controlada v ya sabían por dónde acababan de pasar los fugitivos.

CAPITULO XII

Mientras el general Xowen seguía dirigiendo la operación de búsqueda de Erik y Jessica, pues aún ignoraba que ya no eran dos sino cuatro los incontrolados, Erik abrió la puerta del armero.

Ante sus ojos aparecieron pistolas y fusiles incinerantes en cantidad mas que suficiente para armar a todos los supervivientes de la colonia invadida.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Tamata.

— Hay que coger todas las pistolas y fusiles que podamos. Hemos de dirigirnos a los cuartos de aseo e introducir de cinco a diez armas en cada uno de los retretes para que puedan encontrarlas.

Se colgaron de los hombros los fusiles y metieron las pistolas en bolsas. Los cuatro salieron cargados con las armas; no convenía que nadie les descubriera o serían eliminados de inmediato.

Había que esperar a que sus compañeros se desperdigaran y fueran encontrando las armas en los retretes. Después, la lucha sería feroz, sin cuartel, en todas las plantas de la colonia.

Kioho había instalado en sus oídos un receptor de sonidos superespecial. Abultaba menos que una placa de identificación y le permitía captar pasos a mucha distancia, pasos que el oído humano no alcanzaba a escuchar.

— Vienen tres o cuatro.

— Vamos al ascensor — indicó Erik.

Los cuatro se metieron en el ascensor antes de que los guerreros witia, ya con las armas a punto de disparo, les pudieran ver.

En la planta tres descendieron del ascensor; allí estaba el club.

— Jessica, deja tus armas en el aseo del club.

— En seguida.

Los demás aguardaron, protegiéndola.

El club daba sensación de abandono, había algunas mesas y sillas volcadas.

Un reloj grande advertía inexorable que el tiempo transcurría y que el plazo marcado por el general Xowen terminaba. La amenaza de destruir toda la colonia había que tenerla en cuenta.

— Ya está.

— ¿Y si comiéramos un poco? — propuso Kioho, pasándose la lengua por los resecos labios.

— Sí, ya que estamos aquí podemos perder cinco minutos — aceptó Erik.

Los cuatro pasaron a la cocina del club y las puertas de los frigoríficos fueron abiertas. Tomaron alimentos y comieron siempre alerta, como lo haría un animal que teme ser atacado de un instante a otro.

Ya no faltaba más que una hora para que concluyera el plazo dado por el general Xowen. No parecía que hubiera matado a sangre fría a más terrícolas, pero la amenaza de exterminar a toda la colonia permanecía latente.

Abandonaron el club y se deslizaron por los corredores en dirección a! amplio gimnasio.

— Kioho, deja armas tú allí — le pidió Erik.

Kioho fue hacia los aseos y dejó en el retrete las armas que llevaba. De este modo, depositaron más armas por distintas plantas.

Erik observó:

— Hay que ir a buscar más.

— ¿Y si les llevamos armas a través de las tuberías? — preguntó Kioho.

— No, abajo ya no se puede ir; deben creer que nos ocultamos allí. Hay que seguir por las plantas medias.

— ¿Y si no pueden llegar hasta las armas? — preguntó Tamata.

— Llegarán, nosotros les ayudaremos — sentenció Erik, que comandaba la operación guerrillera de salvación.

Mientras ellos corrían de un lado a otro, transportando armas, en el hangar las tiras de vitroplástico pasaban de mano en mano y luego se

las iban colocando de modo que aislasen los collares de su propia piel.

— Estad todos atentos — dijo Nower.

— ¿Cuándo será? — cuchicheaban.

— Cuando suene la alerta roja, hay que salir disparados.

— ¿Hacia dónde?

— Hemos de ir todos a los retretes; allí encontraremos armas. Será una guerra total, una guerra cuerpo a cuerpo.

— Hay casi diez witias por cada uno de nosotros — observó uno, casi con gruñidos.

— Son más torpes, hay que luchar o morir.

La consigna adquiría cada vez más y más fuerza; no habría rendición, sino lucha hasta la muerte. Pronto lo entenderían los witia.

Desde el gobierno confederal terrícola trataban insistentemente de ponerse en contacto con el general Xowen; Este había rechazado la comunicación hasta que decidió abrir la línea de telecomunicación.

Se hallaba en la mesa desde la cual controlaba la colonia, con todos los mandos a su alcance. En la sala de control había ocho witias y ningún terrícola.

Se notaba a simple vista que los witia no controlaban bien toda la complicada sala porque se encendían muchas luces de aviso, señales que no eran atendidas.

El computador central controlaba automáticamente los sistemas vitales primarios de la colonia para que la presión atmosférica quedara controlada, como asimismo la temperatura y los reciclajes de oxígeno y agua.

— Atención, atención, terrícolas, les habla el general Xowen del ejército witia. ¿ Están decididos a ordenar al capitán Kensun que se entregue?

Aguardó la respuesta, expectante. En el planeta Tierra se vivía la máxima tensión, todos contaban los minutos que faltaban. Si la colonia Cero era destruida por los witia, no sólo morirían un montón de terrícolas, si no que habrían perdido todo contacto con la Luna que habría dejado de ser suya aunque los witia murieran también. Habría

que pasar mucho tiempo antes de poder recuperarla, si es que los witia no proseguían con sus planes de invasión.

La voz del presidente de la Confederación Terrícola, Philip Auer, volvió a escucharse a través de los altavoces.

«General, si destruye la colonia no va a quedar nada vivo en la Luna.»

— Ese es problema de ustedes.

«Si destruye la colonia, todo su programa de invasión fracasará.»

— No fracasará, pronto vendrán más naves witia para la invasión y lo que quedará desolado será el planeta Tierra, porque el misil MHP que tengo bajo mi control les aniquilará. Y no me repita que tiene medios para destruirlo, eso es algo que se verá en su momento.

Lo mismo el presidente terrícola que el general invasor witia mantenían su posición de fuerza, sin querer ceder, pues ambos sabían que ceder significaba la derrota total y absoluta.

«¿Y si le ordeno al capitán Kensun que se entregue, qué hará?»

— Castigarle como merece.

«¿ Y respecto a su posición en la colonia?»

— Seguir aquí.

«¿Y no tratará de invadir la Tierra?»

— Puede que lleguemos a un acuerdo de pacificación.

«¿Dejará que los prisioneros suban a las naves y regresen al planeta Tierra?»

— Es posible.

«General, no me basta con el “es posible".»

— Primero, que se entregue el capitán Kensun.

«No lo hará, ya le oyó.»

— Entonces, será peor para ustedes los terrícolas.

«General, ustedes son los invasores, nosotros los atacados. No es usted tan poderoso como pretende. Si llega el caso, aunque nos duela mucho, sacrificaremos a los rehenes que usted mantiene con tal de salvar a los millones de seres que habitan en el planeta Tierra. Se dará usted cuenta de que la elección es simple. Ya que no nos queda otro remedio, hacemos la elección de salvar millones de vidas aunque perdamos unos cientos, de modo que somos nosotros quienes le damos el ultimátum: Abandone la colonia antes de sesenta minutos dejando sus armas en manos de los terrícolas o la destruiremos con todo lo que hay en su interior.

— ¿Se atreve a amenazarme, terrícola?

«Sí.»

— ¡Voy a comunicar a los prisioneros que su presidente quiere destruirlos a ellos también!

«Hágalo; lo entenderán y aceptarán el sacrificio. Le quedan a usted sesenta minutos para rendirse, general.»

— Los witia jamás se rinden.

Tras estas palabras, cortó la comunicación.

Como militar, comprendió que su situación era particularmente difícil. Tenía que atacar y destruir antes de ser atacado y destruido.

CAPITULO XIII

El transcurrir del tiempo semejaba eterno para los terrícolas encerrados en el hangar.

Sentían sus cuellos más oprimidos pero protegidos. De pronto, de una forma súbita, se produjo la alerta roja.

Los terrícolas comenzaron a avanzar hacia las puertas del hangar. Los witia que las custodiaban debieron enviar descargas a través de los collares para frenarlos, pero éstas nada les hicieron.

Se abrió una compuerta en el hangar y aparecieron Kioho y Tamata

armados. Sorprendieron a los witia disparando sobre ellos y destruyéndolos mientras las luces rojas parpadeaban y las compuertas se cerraban en forma automática. Había que abrirlas a mano para pasar de un corredor a otro.

— ¡Aprisa, aprisa, desperdigaos! —gritó Kioho.

Las chicharras, lo mismo que las luces rojas, pregonaban con intermitencia la alerta roja que había sido accionada por la mano de Erik Kensun, el cual, junto a Jessica, corría por uno de los pasillos del piso sub-uno.

— ¡Cuidado, Erik! —gritó Jessica.

Hubo intercambio de disparos.

Unas paredes quedaron perforadas por los disparos de los witia, mientras Erik y Jessica les destruían en medio del caos provocado por la alerta roja.

— ¡Sígueme, Jessica! —le gritó Erik corriendo hacia la escalera.

La joven corrió tras su superior y amado. Ambos empleaban sus armas para combatir a los invasores mientras los terrícolas se desparramaban por toda la colonia buscando los retretes donde se hallaban las armas.

— ¡Arriba, arriba!—gritaba Kioho, cuando...-— ¡ ¡Aaaah!!

El joven japonés cayó al suelo convertido en una llamarada.

Tamata se revolvió contra los witia que acababan de aparecer por su espalda y les disparó a escasa distancia, fulminándolos, haciendo que sus cuerpos de aspecto poderoso se desintegraran.

La colonia comenzaba a oler a quemado; algunas válvulas automáticas de extinción de fuego se dispararon, apagando los conatos de incendio que se producían.

Los witia eran más numerosos, pero los terrícolas, ya libres de la esclavitud de los collares y armados con pistolas y fusiles incinerantes, peleaban como demonios, ganando’ cada palmo de pasillo dentro de la colonia mientras las chicharras les enervaban con su sonido y las luces rojas les espoleaban para seguir luchando.

Las bajas se producían por ambas partes, pero caían más witias que

terrícolas. Estos últimos, además de más movilidad física, conocían mejor qué terreno pisaban.

Los witia no comprendían por qué los terrícolas no caían al suelo a causa de las descargas que enviaban a sus collares, pues ignoraban la defensa de las cintas de vitroplástico flexible que impedían el paso de las descargas eléctricas a los centros nerviosos del organismo.

Cuando Erik Kensun asomó por la escalera que daba al corredor que conducía a la sala de comandancia y control, descubrió a seis witias.

Jessica y Erik unieron su fuego contra los witia, haciéndolos desaparecer. Después, corrieron hacia la puerta que se abrió automáticamente, sorprendiendo a los witia que se hallaban en la sala de control y comandancia.

Con su fusil, Jessica controló a los perplejos witia mientras Erik se encaraba con el invasor que ocupaba la butaca de comandante general.

— ¿Eres tú el capitán Erik Kensun? — le preguntó el general Xowen.

— Sí, y tú el general invasor.

— Así es. Sabía que si vencías a mis hombres terminarías por llegar hasta aquí, pero éste es el fin.

Uno de los witia trató de abandonar su silla y Jessica le disparó. No se conformó con ello, sino que eliminó a tres más.

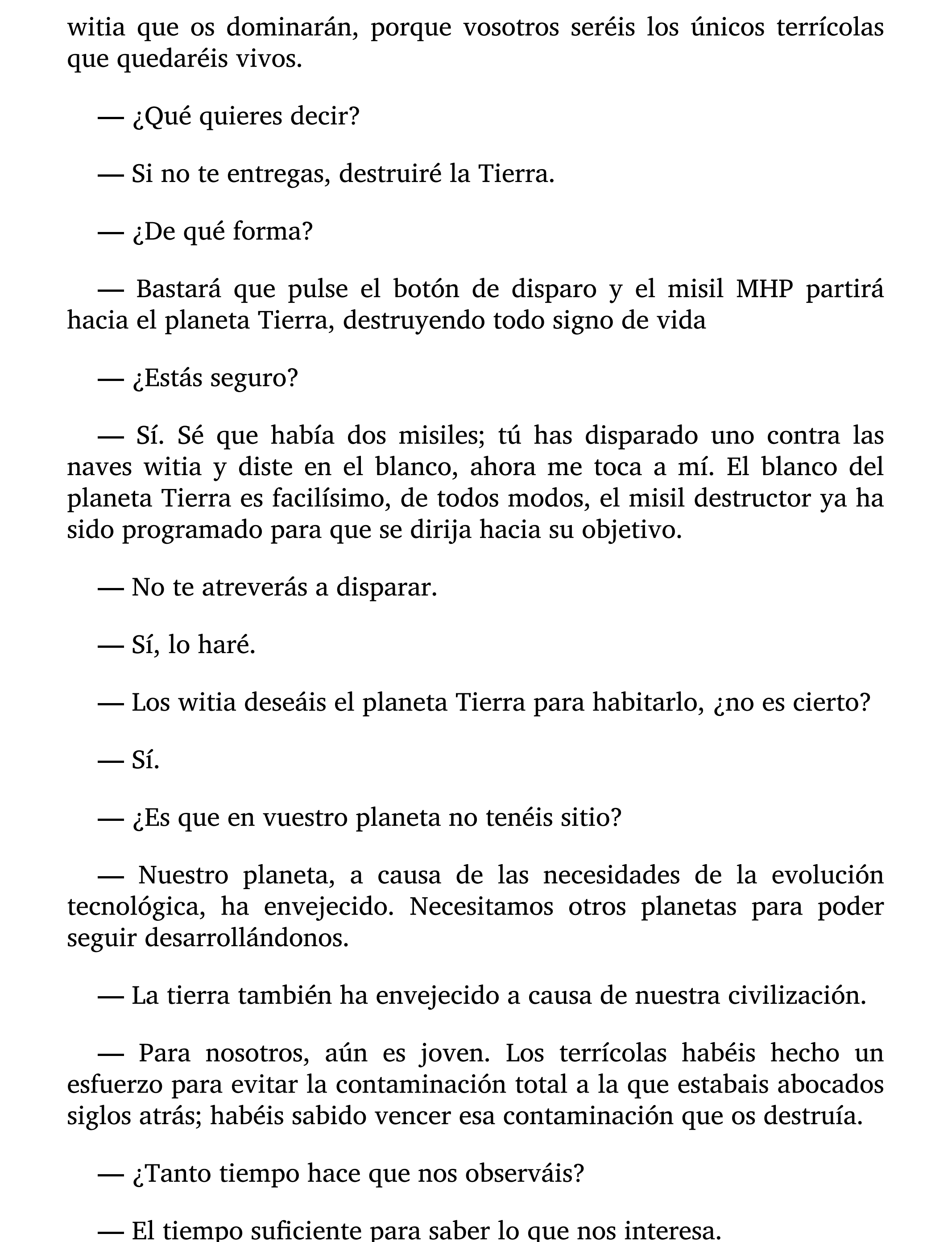
Se produjo un conato de incendio y una válvula disparó gas de extinción. El general Xowen no parecía inmutarse; era como un robot sentado frente a los telemandos.

— Estamos recuperando la colonia, se lucha en todos los pasillos y naves. Venceremos, recuperaremos la colonia— silabeó Erik con calor.

— Será una batalla estéril — le advirtió el general witia que tenía sus manos sobre los teclados.

— No será estéril; la invasión quedará frustrada.

— Os habéis librado en parte de la invasión. Detrás llegarán otros


witia que os dominarán, porque vosotros seréis los únicos terrícolas que quedaréis vivos.

— ¿Qué quieres decir?

— Si no te entregas, destruiré la Tierra.

— ¿De qué forma?

— Bastará que pulse el botón de disparo y el misil MHP partirá hacia el planeta Tierra, destruyendo todo signo de vida

— ¿Estás seguro?

— Sí. Sé que había dos misiles; tú has disparado uno contra las naves witia y diste en el blanco, ahora me toca a mí. El blanco del planeta Tierra es facilísimo, de todos modos, el misil destructor ya ha sido programado para que se dirija hacia su objetivo.

— No te atreverás a disparar.

— Sí, lo haré.

— Los witia deseáis el planeta Tierra para habitarlo, ¿no es cierto?

— Sí.

— ¿Es que en vuestro planeta no tenéis sitio?

— Nuestro planeta, a causa de las necesidades de la evolución tecnológica, ha envejecido. Necesitamos otros planetas para poder seguir desarrollándonos.

— La tierra también ha envejecido a causa de nuestra civilización.

— Para nosotros, aún es joven. Los terrícolas habéis hecho un esfuerzo para evitar la contaminación total a la que estabais abocados siglos atrás; habéis sabido vencer esa contaminación que os destruía.

— ¿Tanto tiempo hace que nos observáis?

— El tiempo suficiente para saber lo que nos interesa.

— ¿Y serías capaz de destruir un planeta que deseáis?

— Es más importante vencer.

— ¿Vencer, aunque se conquisten ruinas inservibles?

— Sí.

— Los witia sois dignos de lástima. Tanto interés por invadir el planeta Tierra y exterminar a los terrícolas os ha conducido a la derrota.

— No estamos derrotados. Nosotros sobreviviremos y vuestra especie desaparecerá del Universo. Ya os vencimos en Titán y también en Marte.

— Pero os expulsamos después de vuestras áreas de ocupación. Vuestra fuerza espacial invasora ha sido destruida.

— Quedan más, muchas más naves por llegar.

— ¿Es la verdad o Ia soberbia quien habla por tu boca, general?

— Habla el poder. En tus manos, capitán Kensun, está que destruya la Tierra o que siga viviendo como hasta ahora.

— Yo soy un miliciano que debe luchar hasta el fin para que su planeta no sea invadido por seres como vosotros.

El general Xowen abrió con su zurda el canalˆ de telecomunicación con la Tierra y en pantalla apareció la figura tensa, con evidentes síntomas de cansancio, del presidente de la Confederación Terrícola.

— Presidente, vea a su capitán Kensun, debo felicitarle por lo luchador que es. Ha provocado una verdadera batalla dentro de la colonia, entre witias y terrícolas, pero venceremos nosotros y el culpable de que el planeta Tierra sea destruido será este hombre. Míreselo bien, presidente, míreselo.

— Presidente — dijo el propio Erik —, le estoy viendo y la situación está controlada, en guerra, pero controlada. Si la colonia estalla y desaparecemos los que estamos aquí no lloren en la Tierra por nuestra muerte, sólo hemos cumplido con nuestra obligación.

— Pueden despedirse, éste es el fin — sentenció el general invasor.

Erik Kensun avanzó hacia el general Xowen. Los witia que «e hallaban en la sala de control abandonaron sus puestos para ayudarle, pero Jessica, desde la puerta, disparó contra ellos antes de que pudieran utilizar arma alguna.

Al llegar Erik Kensun frente a la mesa, el general witia oprimió hasta el fondo el botón rojo de disparo.

— Es el fin. El misil MHP acaba de salir hacia la Tierra; nada lo podrá detener.

— Te equivocas, general, ese misil sigue en su sitio.

El invasor lanzó una breve carcajada.

— ¡Es el fin, acéptalo!

— No, porque yo me encargué de desconectar el misil y ya no se puede disparar desde aquí.

El general Xowen, incrédulo, pulsó de nuevo el teclado que tenía al alcance de sus manos y miró hacia la pantalla en la que apareció la redondez del planeta Tierra. Nada enturbiaba la belleza del astro que había dado origen y desarrollo a la civilización terrícola.

— ¿Te has equivocado? No sólo son astutos los witia, general, aunque admito que supieron sorprendernos al llegar dentro de falsos meteoritos.

Erik golpeó con la culata de su pistola contra uno de los lados de la mirilla de cristal que ocupaba todo el rostro del general witia y ésta se abrió, descubriendo lo que se ocultaba detrás.

Cuando Erik y la propia Jessica esperaban ver el rostro del alienígena, se encontraron con una sorpresa inesperada.

Tras la mirilla había una butaca pequeñísima, una butaca que no tendría más altura, respaldo incluido, de veinte o veinticinco centímetros.

En ella se hallaba encajado un ser pequeño que puesto en pie no mediría ni treinta centímetros. Era de piel oscura y le brillaban mucho sus ojos largos y almendrados, unos ojos cargados de ira, unos ojos que no aceptaban la derrota.

La máquina dentro de la que se hallaba instalado como si fuera una nave o un robot que manejaba desde la cabeza, se movió, pero Erik, antes de que pudiera hacer algo irremediable, alargó su mano hacia el interior de la cabeza del enorme robot electromecánico que los witia utilizaban para tener más poder físico y dar imagen de fuerza.

Atrapó entre sus dedos al diminuto general arrancándolo de su butaca.

— Se terminó la invasión, general.

La máquina de aspecto humanoide quedó quieta; el robot era ya algo inmóvil sin un cerebro que lo dirigiera mientras el general witia pateaba en el aire tratando de escapar de la mano que lo había atrapado.

— ¡Suéltame y os perdonaré la vida!

— No, general, se ha terminado la guerra, esto es el fin.

Soltó la pistola pero no al general witia. Detuvo la alerta roja y abrió el canal de megafonía, hablando ante el micrófono.

— Atención, atención, os habla el capitán Kensun. La batalla ha terminado; eliminad a los witia que no se entreguen. He capturado al general Xowen, ya no puede hacer nada. Os comunico que en realidad son seres diminutos que se esconden tras el cristal negro que suponíamos ocultaba un rostro. Ese cristal sólo esconde la butaca en que se aposentan estos individuos para que su debilidad física, su enanismo, comparados con nosotros, no quedara de manifiesto. Se autodestruyen cuando son alcanzados por algún disparo, pero su secreto ha quedado revelado.

— ¡Vendrán más, vendrán más!—chilló el pequeño general Xowen que ahora no podía hablar a través de un micrófono y un altavoz disimulado que al mismo tiempo daba gravedad a su voz.

— Si vienen más, les estaremos esperando, general; yo sí puedo disparar el misil MHP. Esta colonia ha sido construida por los terrícolas; es algo que habéis olvidado. Si existían secretos, teníamos que conocerlos nosotros antes que vosotros.

Dicho esto, Kensun abrió el canal de telecomunicación con el planeta Tierra.

«¡Capitán Kensun!»

— Presidente, aquí tiene al genera! invasor. Mírelo, mírelo bien, no es más que este ser pequeño e indefenso. Lo hubiéramos respetado si hubiese llegado como amigo, pero ya que ha venido en son de guerra, no merece más que humillación.

«Capitán Kensun — habló el presidente Philip Auer — le felicito y hasta nueva orden le nombro comandante en jefe de la colonia Cero. Enviaremos naves con material de repuesto y servicios de mantenimiento. ¡Ah!, y a ese ser métalo dentro de una urna de cristal, tenemos que preguntarle muchas cosas.»

— Cumpliré sus órdenes, presidente.

Dicho esto, Kensun abrió el canal de telecomunicación

En aquel momento irrumpió Nower en la sala, gritando.

— ¡Hemos vencido, hemos vencido, se han entregado!

Al ver a Erik Kensun con el general Xowen entre sus dedos, se acercó como subyugado por lo que veía. Alargó uno de sus dedos y le tocó la cabeza.

— ¿Y este canijo es el que nos ha hecho tanto daño?

— No hay enemigo pequeño, Nower, métete eso en la cabeza. Ahora, llévatelo. Por orden del presidente debes meterlo dentro de una pecera de cristal irrompible y le vas tirando miguitas de pan y pedacitos de jamón para que no se nos muera. ¿Comprendido?

— Sí, capitán, comprendido.

Lo cogió y se alejó con él mientras Jessica se aproximaba a Erik para preguntarle:

— ¿Cuál es la siguiente misión, comandante Kensun?

— Besarme.

Jessica, siempre disciplinada, obedeció sumisamente.

FIN